

AUTISMO



Sin Madre Y Sin Ciencia.

Entre Plantas Y Recetas

Vanessa Chinchilla

PÁGINA DE DERECHOS Y CRÉDITOS

Título del libro:

Sin Madre Y Sin Ciencia.

Entre Plantas Y Recetas

Autor: Maryori Vanessa Chinchilla



© (Año de publicación) 15 -03 -2025

Corrección, estilo y edición:

Maryori Vanessa Chinchilla

Ilustraciones: Génesis Hernández

Profundo agradecimiento a:

GERMAN SANTOS

Cuyo generoso aporte hizo posible la materialización
de este libro.

DISPONIBLE EN FORMATO DIGITAL



Derechos de autor:

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio sin la autorización expresa del autor o la editorial. El contenido de este libro está protegido por la Ley de Propiedad Intelectual y tratados internacionales sobre derechos de autor.

Para solicitar permisos de reproducción o distribución:

(van.c2025@hotmail.com)



A LOS NIÑOS QUE HOY SUFREN EN SILENCIO. QUE ESTE LIBRO SEA SU VOZ.

A quienes sufren en silencio, sin poder expresar su sentir, porque su problema comenzó antes de que su cerebro pudiera desarrollarse lo suficiente para comunicarlo. A esos niños a los que la vida no les dio tiempo ni siquiera para quejarse.

A quienes son violentados no solo por la ignorancia, sino por médicos y un sistema que los manipula. A los padres que fueron llevados a resignarse y aceptar la condición de sus hijos como un destino inalterable, cuando investigando podrían encontrar un camino.

A quienes han recorrido un sendero de dolor, noches sin dormir y momentos en los que pensaron en rendirse. A quienes sintieron que no podían más, pero se aferraron a la esperanza y siguieron buscando más allá de lo que les dijeron.

A quienes creen que la ciencia aún tiene mucho que decir sobre el autismo. A quienes no se conforman con etiquetas ni discursos vacíos. Que este libro sea un punto de partida, no un final.

ÍNDICE

<u>Ciencia sin, instinto-instintos sin ciencia</u>	<u>10</u>
<u>Abandono médico, irresponsabilidad materna.....</u>	<u>15</u>
<u>La Negligencia que motivó la investigación.....</u>	<u>21</u>
<u>D.S.M.: La “Biblia” psiquiátrica</u>	<u>26</u>
<u>¿Neurodivergencia o categoría social?...32</u>	
<u>el pabellón de los imbeciles, que es?</u>	<u>38</u>
<u>Autismo y vacunas: ciencia e ignorancia</u>	<u>39</u>
<u>Abuso, disfrazado de heroísmo</u>	<u>42</u>
<u>De neurólogo a verdugo</u>	<u>44</u>
<u>La lógica inmunológica</u>	<u>47</u>
<u>Gastroenterólogos.....</u>	<u>50</u>
<u>El endocrino y su “todo en rango”.....</u>	<u>52</u>
<u>El hepatólogo y su doble vara.....</u>	<u>54</u>
<u>La genética y su caja de Pandora... ..</u>	<u>58</u>
<u>Médicos multitado y multinada... ..</u>	<u>62</u>
<u>Olimpiadas de negligencia... ..</u>	<u>67</u>
<u>LO INCREIBLE... ..</u>	<u>78</u>
<u>risperidona (callando síntomas)</u>	<u>79</u>
<u>Terapias: una tortura disfrazada</u>	<u>86</u>
<u>La risa que se minimiza</u>	<u>92</u>
<u>Autismo regresivo y lo que nunca se fue</u>	<u>95</u>
<u>Negocios que lucran con el dolor</u>	<u>95</u>
<u>Tratamientos para el autismo biomedicina</u>	<u>100</u>
<u>método doman</u>	<u>106</u>
<u>cytotron</u>	<u>109</u>

terapia MeRT 111

células madre 113

transplante fecal 117

tratamientos naturales y sintéticos 123

•Parásitos 126

•Antibióticos 130

•Antivirales 138

•Antifúngicos 140

•Quelantes 144

•Algunos casos 153 A 180

(La santísima Trinidad) 187

—Madre, Perico 188

—Madre, Placebo 190

—Madre pulga 192

Instinto materno, arma de doble filo 196

La culpa es de la Madre 201

Entonces, ¿qué es el autismo?

Marchas autistas (Marchando por un fantasma. — 227

Agradecimiento a docentes. 236

Agradecimiento a médicos 238

INTRODUCCIÓN

Este libro no es para quienes aceptan respuestas sin cuestionarlas.

Si alguna vez te dijeron que el autismo no tiene causa, que solo debes aceptarlo y adaptarte, o que ciertas preguntas “no tienen sentido”

Entonces este libro es para ti.

Este libro no nació del instinto ciego ni de la medicina obsoleta.

Es el resultado de un instinto afilado, entrenado y acompañado de una investigación minuciosa.

Aquí descubrirás verdades que algunos preferirían no escuchar.

Para muchos médicos, este libro será incómodo.

Porque expone el error de tratar el autismo como un dogma en lugar de investigarlo como un síntoma.

Para otros, será un alivio.

Porque muchas de esas “preguntas sin sentido” de las madres empezarán a tenerlo.

También expondrá el grave fallo de los médicos: Ignorar el instinto materno cuando este ruga con fuerza, pidiendo que se investigue más allá de lo establecido.

Y para las madres...

Este libro revelará los grandes errores que han cometido al alejarse por completo de la medicina, confiando en soluciones que solo tapan síntomas.

Después de este libro, ni los médicos ni las madres volverán a ver el autismo con los mismos ojos.

Y sí, algunos van a desear no haberlo leído.

Porque después de verlo, ya no podrán “fingir” que no lo saben.

CIENCIA SIN INSTINTO, INSTINTO SIN CIENCIA.

Hubo un tiempo en el que la humanidad solo tenía una herramienta para sobrevivir: el instinto materno.

Antes de que existieran antibióticos, cirugías avanzadas o vacunas, fueron las madres, con su intuición y observación, quienes lograron que sus hijos sobrevivieran a enfermedades, hambrunas y peligros que hoy nos parecen impensables.

No había recetas médicas, pero sí un conocimiento profundo, transmitido de generación en generación, sobre qué hacer cuando un niño enfermaba. Ese instinto fue suficiente para que nuestra especie no solo sobreviviera, sino que prosperara.

Luego llegó la ciencia y con ella, la supervivencia dejó de depender únicamente del instinto. La medicina multiplicó nuestras posibilidades: redujo la mortalidad infantil, erradicó enfermedades y convirtió lo que antes era un milagro en una simple dosis de tratamiento.

No fue un reemplazo del instinto materno, sino una extensión de su misión. La ciencia vino a reforzar lo que las madres ya habían hecho por siglos: proteger la vida de sus hijos.

Pero hoy nos encontramos en una crisis. La ciencia ha olvidado la fe en el instinto materno, y el instinto materno ha olvidado la fe en la ciencia.

Los médicos, cegados por su propio método, han convertido la medicina en una religión de bata blanca.

Lo que no pueden medir, lo que no pueden catalogar en sus tablas, lo que no encaja en sus algoritmos, simplemente no existe. Y así, en su obsesión por los números, han dejado fuera algo que no se puede graficar en un estudio clínico: la voz de las madres.

No importa si una madre detecta señales que nadie más ve. No importa si nota síntomas antes que cualquier análisis. No importa si ha pasado noches enteras observando cada cambio en su hijo. Si no tiene un título, su palabra no vale.

Las madres, en respuesta a esta soberbia, han cometido su propio error: han decidido que, si la medicina no las escucha, entonces no la necesitan.

Y así han ido migrando a un mundo donde la experiencia personal vale más que la evidencia, donde un testimonio de Facebook tiene más peso que un estudio doble ciego, y donde cualquier sustancia que venga en un frasco con hojas verdes es automáticamente mejor que cualquier tratamiento médico.

En su justa rabia contra la deshumanización de la medicina, han abrazado una peligrosa ilusión:

*que la ciencia nunca fue necesaria, que solo su
instinto basta.*

Ambos bandos han fallado.

Los médicos han olvidado que la ciencia no lo sabe todo, y que el instinto materno ha salvado más vidas que cualquier receta médica.

Las madres han olvidado que el instinto, por sí solo, tiene límites, y que la ciencia fue lo que permitió que la infancia dejara de ser una ruleta rusa.

La ciencia sin instinto es arrogancia.

El instinto sin ciencia es negligencia.

Este libro no es un ataque ni a la medicina ni a la maternidad. Es un llamado a recordar lo que se ha perdido en esta guerra absurda entre ciencia e instinto. Porque la humanidad no sobrevivió solo gracias a las madres, ni solo gracias a la ciencia. Sobrevivió porque ambas trabajaron juntas. Y si queremos que nuestros hijos tengan la mejor oportunidad de vida, es hora de que vuelvan a hacerlo.



ABANDONO MÉDICO Y NEGLIGENCIA MATERNA

Los niños autistas han quedado atrapados en un campo de batalla donde no pidieron estar.

De un lado, un sistema de salud que los trata como simples trámites burocráticos, como si con llenar formularios y recetar lo de siempre estuvieran haciendo medicina.

Del otro, madres que no pueden apagar ese instinto materno que les grita cada noche, que les roba el sueño susurrando “hay algo más”, “esto no encaja”, “esto no puede ser todo”.

Y aquí viene el problema: mientras los médicos ignoran la ciencia más reciente con una terquedad que haría sonrojar a un terraplanista, muchas madres ignoran que el instinto materno es un arma de doble filo.

Porque cuando las emociones gobiernan, la desesperación toma las riendas, y ahí es donde se cruzan los límites entre ayudar y hacer daño.



Lo más gracioso—o más bien trágico—es que los médicos se burlan de las madres que critican una vacuna, creyéndose los guardianes de la ciencia.

¡Qué ironía! Se ríen de la ignorancia ajena sin notar el circo que montan ellos mismos al no entender lo más básico:

*si un niño tiene
reacción adversa
a una vacuna, es
porque hay un
problema
inmunológico
subyacente.*



*Y eso, señores, se enseña en las primeras
clases de inmunología.*

O bueno, “se suponía” que debían aprenderlo. Tal vez esas clases las dieron tan temprano en la carrera que las olvidaron, sepultadas entre tanto protocolo mecánico y recetas automáticas. O tal vez, pensar más allá de la guía, Clínica, les parece un esfuerzo innecesario.

El resultado: niños autistas ignorados y desechados por el médico en nombre del título y la bata, y sometidos y hasta maltratados—sin intención, claro—por sus propias madres en nombre del instinto materno.

Porque sí, el instinto es poderoso, pero sin razón, solo es gasolina para el fuego de la desesperación.

*Los pobres niños terminan entre el frío de
la negligencia médica y el fuego del
instinto materno*

Los mismos niños que los médicos juraron proteger y que las madres prometieron salvar.

Pero claro, hay excepciones. Así como hay un pequeño grupo de médicos con verdadero criterio, también existe un pequeño grupo de madres cuyo instinto está combinado con estudio y coherencia. Así como hay pocos médicos capaces de pensar más allá del protocolo, hay algunas madres que saben leer su intuición sin distorsionarla con miedo o desesperación.

Por eso, los médicos con criterio tienen la obligación de redirigir a sus colegas desactualizados, de sacarlos del letargo en el que siguen repitiendo errores. Y las madres que hemos aprendido a usar nuestro instinto con razón y evidencia, tenemos la responsabilidad de guiar a aquellas que, sin darse cuenta, lo han convertido en un arma de doble filo.

Médicos con criterio y madres con un instinto bien dirigido estamos en la obligación de hacer algo. Porque aquí no se trata solo de mejorar la calidad de vida de estos niños.

Para algunos, lo que están viviendo ni siquiera se le puede llamar vida.

Para algunos, la palabra espectro no solo define su diagnóstico. Define literalmente su existencia.



¿Y SE PREGUNTARÁN DE DÓNDE SALIÓ TODO ESTO?

Antes de ver a mi hijo al borde de la muerte, después de una operación absurdamente simple—una apendicitis, nada fuera de lo común—, yo creía que el peor dolor que podía experimentar una madre era perder a su hijo.

*Nunca imaginé que existiera algo peor.
Pero lo hay.*

Durante más de diez horas, vi a mi hijo sufrir un dolor inhumano, insoportable. Mi hijo nunca lloraba. Los médicos decían que su umbral del dolor era anormalmente alto, algo típico en muchos niños autistas. Podía golpearse, cortarse, caerse, y no derramar una lágrima. Pero ese día lloró.

Lloró con una desesperación que rompió algo dentro de mí.

*Algo que hasta entonces me hacía sentir
humana.*

Ese día comprendí que la muerte de un hijo es un golpe devastador, pero tiene un límite.

Hay un punto donde el llanto se agota, donde llega la resignación. En cambio, ver sufrir a un hijo sin poder hacer nada es algo que no tiene nombre, no tiene fin y no tiene comparación.

Y todo por la avaricia de un *médico* y la patética necesidad de una *enfermera* de sentirse importante, porque en su vida no significaba nada.

El médico no era un incompetente. Todo lo contrario. Era el mejor cirujano pediatra del estado. No era alguien que simplemente “olvidó” hacer la prueba de procalcitonina.

Sabía que un niño con tres fiebres de 40°C después de una cirugía era una señal de alerta máxima. Sabía que la sepsis postoperatoria es una de las principales causas de muerte en pediatría.

Sabía que pedir la prueba habría permitido un diagnóstico temprano y un tratamiento inmediato. Pero no la pidió en un principio. “Según”.

No porque creyera que mi hijo no la necesitaba, sino porque el hospital tenía reglas no escritas: si no hay deterioro extremo, no hay justificación para hacer estudios de diagnóstico.

Mientras más tiempo pasara sin actuar, más pruebas serían necesarias, y con ello, más ingresos para el hospital. No infló sus propios bolsillos, sino los de la institución, porque ser rentable para ellos garantizaba su estatus. Y luego estaba ella.....

La enfermera.

Una supuesta profesional sin ética. Alguien sin la más mínima idea de lo que hacía. Pero en ese momento, “*alguien*” decidió darle poder. Un poder prestado. Porque en su vida personal no era nadie. No era relevante en ningún ámbito. Ni respetada en ningún otro contexto.

Pero ahí, con su uniforme, y con un familiar en el hospital que le permitía hacer lo que quisiera, era su momento. Era su gran oportunidad de sentirse alguien en la vida.

No importaba que mi hijo estuviera en estado crítico. No importaba que sacarlo a las dos de la madrugada de un hospital fuera un riesgo innecesario.

No. Lo único que importaba era que, por primera vez en su existencia, podía sentirse como si fuera “doctora”, o autoridad, con el poder de decidir sobre la vida de alguien más.

Y así, con el mismo ímpetu con el que una niña juega con sus muñecas, tomó la decisión de sacar a mi hijo del hospital en plena madrugada sin un solo motivo válido, solo porque le agradó el puesto que le dieron por un momento.

Ese día entendí lo enfermo y podrido que está el sistema.

Un sistema que premia la deshumanización y convierte la medicina en un negocio donde los médicos deben ganarse su lugar inflando cuentas en lugar de salvar vidas. Un sistema que permite que el capricho de una enfermera con delirios de grandeza tenga más peso que la salud de un paciente.

Ese día perdí la fe en la medicina.

Así que cuando llegó la confirmación del diagnóstico de autismo, yo ya estaba preparada.

Porque cuando ya has visto lo peor del sistema médico, nada te toma por sorpresa.

Esto es solo un fragmento del infierno que atravesó mi hijo con apenas dos años de vida. Y del dolor más grande que he experimentado en toda mi existencia.

El primer borrador de este libro tenía más de 400 páginas contando su historia. Pero con el tiempo entendí algo más grande: mi hijo no es el único.

Por desgarrador que suene, hay niños viviendo cosas aún peores. Hay madres atrapadas en situaciones mil veces más crueles. Y, de pronto, escribir solo sobre nuestra historia me pareció egoísta.

Porque este libro no es solo sobre lo que vivimos nosotros.

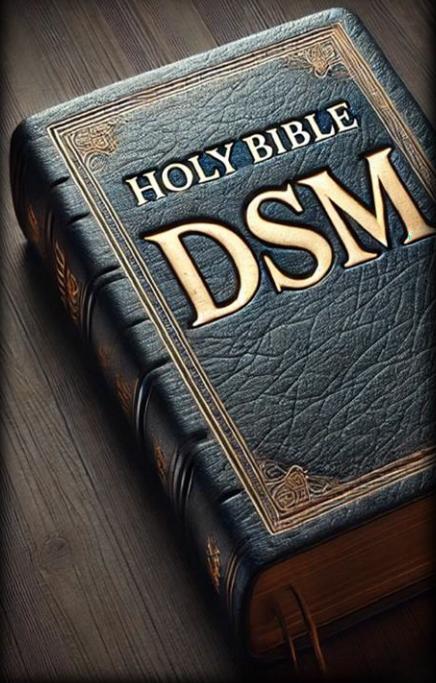
Este libro es para todos los niños y madres que siguen luchando en este sistema roto.

DSM: ¿DIAGNÓSTICO O NEGLIGENCIA?

En los años 70, solo 1 de cada 10,000 niños era diagnosticado con autismo. Hoy, la cifra es 1 de cada 36.

La pregunta incómoda para el DSM es: ¿qué ha aumentado realmente: el autismo o la negligencia en su diagnóstico?

Antes, el autismo se diagnosticaba en personas con dificultades severas en comunicación y autonomía. Hoy, el espectro es tan amplio que abarca desde niños con problemas neurológicos complejos hasta adultos que exigen adaptaciones en su entorno laboral.



El sufrimiento neurológico se ha confundido con neurodiversidad, y la neurodiversidad ha sido tratada como una enfermedad.

Cuando un niño presenta síntomas preocupantes, en muchos casos el diagnóstico se cierra con frases como:

“Es su neurodivergencia.”

“Solo necesita adaptarse.”

“Solo acéptelo como es.”

Si seguimos aceptando diagnósticos sin cuestionarlos, sin exigir estudios clínicos profundos y sin diferenciar entre condiciones médicas y rasgos neurológicos, estamos convirtiendo un problema de salud en un simple problema de adaptación.

Y ahí, la negligencia se disfraza de diagnóstico.

El DSM se presenta como una guía médica objetiva, pero si sigues el dinero, la historia cambia.

Un estudio publicado en Infocop y el British Medical Journal reveló que el 60% de los miembros del DSM tienen vínculos financieros con la industria farmacéutica.

Solo entre 2016 y 2019, estos “expertos” recibieron más de 14 millones de dólares en pagos de empresas farmacéuticas.

No lo digo yo, lo dice Allen Frances, quien fue parte del equipo que desarrolló el DSM-IV. También lo ha señalado Thomas Insel, exdirector del Instituto Nacional de Salud Mental de EE.UU.

No me molesta que la industria farmacéutica gane dinero. ¡Por supuesto que deben hacerlo! Hay futbolistas que se hacen millonarios solo por patear una pelota, así que no es absurdo que quienes trabajan en salud también ganen.

El problema es otro: están ganando dinero a costa de crear más diagnósticos en lugar de encontrar soluciones reales.

Podrían cambiar las reglas del juego sin afectar sus ganancias.

Podrían cobrar más por pruebas médicas avanzadas que detecten la raíz del problema, en lugar de vender tratamientos genéricos que solo apagan síntomas.

Si, en lugar de promover medicamentos psiquiátricos para todo niño con diagnóstico de autismo, las farmacéuticas invirtieran en pruebas médicas personalizadas, seguirían ganando millones, pero esta vez vendiendo respuestas en lugar de incertidumbre.

Las farmacéuticas podrían hacer lo correcto y seguir ganando dinero.

Si invirtieran en diagnósticos certeros y tratamientos personalizados, las familias pagarían lo que fuera por una respuesta clara.

Pero mientras el DSM-5 siga vendiendo etiquetas en lugar de soluciones, seguiremos atrapados en un sistema donde es más rentable tener pacientes de por vida que curar enfermedades.

El DSM-5 sodomiza a los médicos al convertirlos en distribuidores de etiquetas y pastillas en lugar de profesionales con criterio propio.

Ellos, han convertido el autismo en un cajón de sastre donde cabe todo aquel que quiera sentirse diferente. Cada nuevo diagnóstico inflado significa más dinero, más pacientes de por vida, más niños condenados a una etiqueta que no investiga qué les está destruyendo el cerebro.

Porque al final, un paciente sano no necesita medicamentos.

Y eso, amigos, es malo para el negocio.

Si este mensaje te incomoda, es porque algo está mal. No dejes que el DSM, los médicos y la industria te digan que no hay nada más que hacer.

Exige respuestas, busca estudios médicos y no te conformes con un diagnóstico basado en una observación de 20 minutos.

Tu hijo merece más que una etiqueta. Merece una oportunidad real.



LA IMPORTANCIA DE RECUPERAR LA PRECISIÓN EN EL DIAGNÓSTICO

El autismo ha sido convertido en negligencia institucionalizada.

La lucha por los derechos de cualquier colectivo es legítima. Pero es crucial diferenciar entre quienes requieren asistencia total y quienes pueden funcionar con ciertas adaptaciones.

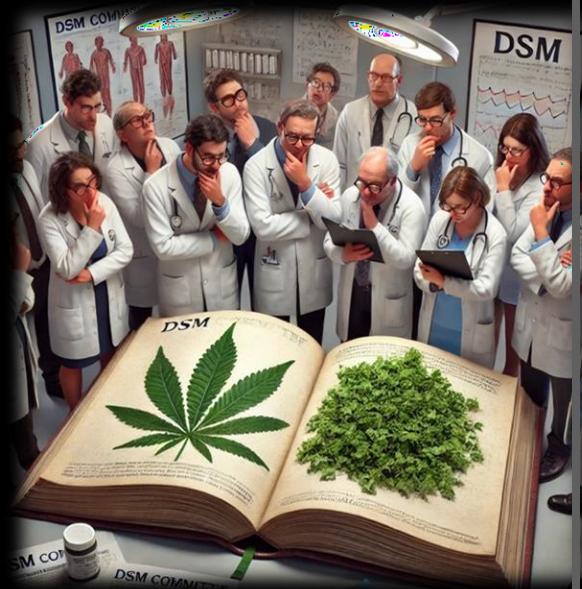


Si una persona ha logrado independencia, puede comunicarse y tomar decisiones sobre su vida, su diagnóstico inicial no refleja el nivel de discapacidad que enfrentan quienes viven con autismo severo.

MOVIMIENTOS DE NEURO DIVERGENCIA.

*Por favor, no confundan la marihuana con
el cilantro.*

La neurodivergencia ha convertido la incomodidad en opresión. La ropa que pica, una textura que molesta, el estrés de una oficina. Esa no es la misma lucha.



Mientras los neurodivergentes exigen que las luces sean “más amigables”, hay niños con autismo severo que:

- Se han comido su propia lengua.
- Han jugado con dedos fracturados, sin saber que estaban rotos.

- Han soportado un dolor físico tan constante que su cuerpo ya no reacciona ante una herida, porque el sufrimiento de todos los días los ha vuelto insensibles.

- *Tienen inflamación neurológica tan severa que sus umbrales de dolor son más altos que los de una mujer en trabajo de parto.*

Mientras ellos pueden agarrar un celular y escribir un hilo en Twitter sobre cómo los “oprimen” el ruido de una oficina, los autistas severos siguen sin poder sostener una cuchara, sin poder decir si tienen dolor, sin poder siquiera defenderse.

¿De verdad creen que su lucha es la misma?

El autismo no debería ser una etiqueta amplia para quienes buscan pertenencia dentro de una comunidad. Es una condición médica que requiere investigación, tratamientos y apoyo real para aquellos que no pueden valerse por sí mismos.

Lucha por una categoría social



A los médicos, al DSM-5, a los neurodivergentes y a todo aquel que ha reducido esta condición a una identidad conveniente, les exigimos que respeten el dolor ajeno.

después de limpiar con nuestras propias manos la sangre de mordidas de dolor de nuestros niños, después de verlos sufrir en silencio mientras los médicos nos decían “así es el autismo”, abrace el dolor y vaya a terapia ¡por Dios ¡no lo seguiremos, permitiendo.

El autismo no necesita aliados de cartón.
Necesita justicia y verdadera investigación médica.

La investigación la hacemos.
Y la justicia no se mendiga. Se toma.

Hubo un tiempo en el que el autismo no era una etiqueta codiciada. De hecho, era todo lo contrario. Antes, las personas con trastornos del neurodesarrollo severos eran clasificadas con términos brutales: idiotas, imbéciles, débiles mentales. Así de directo, sin eufemismos.

Pero llegó un punto en el que la psiquiatría necesitó una palabra menos despectiva. No podían seguir llamando “imbéciles” a los niños con retraso mental, así que adoptaron un término más humano:

——AUTISMO——

Lo que comenzó como un diagnóstico para dar humanidad a personas con retraso mental severo terminó siendo una etiqueta en oferta, donde cabe desde un niño que se acostumbró tanto al dolor que puede jugar con los dedos fracturados, hasta alguien que se estresa en reuniones sociales. El DSM-5 no amplió el espectro, lo destruyó. Ahora, cualquiera puede apropiarse del autismo para justificar cualquier incomodidad. DATO CURIOSO:

En México, hubo un hospital llamado:

“El Pabellón de los Imbéciles”



donde encerraban a estas personas como si fueran *desechos humanos*.

Ahora muchos luchan tanto y con tanta fuerza por esa etiqueta, que quizás, al final, sí les queda.

AUTISMO Y VACUNAS

lo que los médicos ignoran y donde los padres se equivocan

Las vacunas no causan autismo, pero en niños con sistemas inmunológicos debilitados pueden desencadenar inflamación cerebral. Más del 60 % de los niños diagnosticados con autismo tienen problemas inmunológicos.

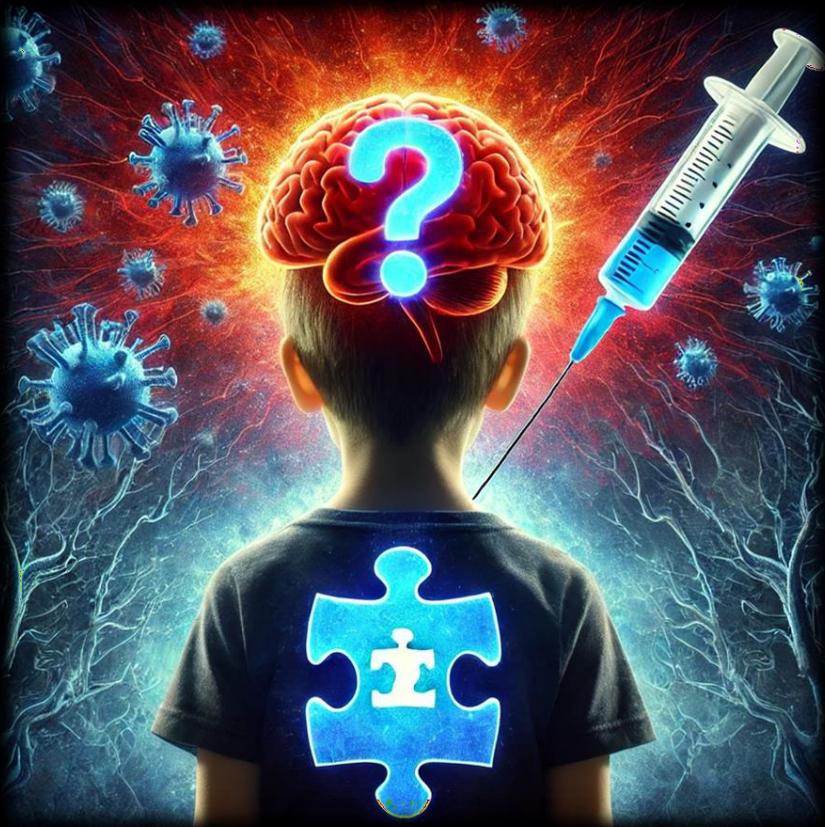
Si un niño tiene una disfunción inmune, ¿por qué se le vacuna sin evaluar previamente su sistema? Esto no es una teoría de conspiración, es inmunología básica. ¡BÁSICA! Sin embargo, en lugar de investigar, los médicos se burlan de los padres, los desacreditan y los tildan de ignorantes. No solo los médicos, también muchas enfermeras, que con suerte recuerdan lo básico de inmunología, pero se creen con derecho a ridiculizar a los padres que cuestionan lo que ni ellas entienden.

Un médico que no exige estudios inmunológicos antes de vacunar no está siguiendo la ciencia, está siguiendo un protocolo ciego, irresponsable y peligroso. Eso no es medicina, es negligencia en su máxima expresión.

El problema no son las vacunas, sino la ignorancia y la soberbia de quienes las administran sin evaluar a cada niño. Porque mientras los médicos y enfermeras se ríen de los padres, hay niños sufriendo las consecuencias de una medicina basada en la rutina, no en la verdadera investigación,

Los mayores culpables de las teorías conspiranoicas, como la masa de antivacunas, son los médicos, porque son ellos quienes siembran la semilla de la desinformación con su falta de paciencia para explicar. Luego, las madres y las familias, con toda la dedicación del mundo, riegan, cuidan y podan ese árbol del caos hasta cosechar un desastre de proporciones bíblicas.

Y cuando finalmente todo se desmorona, ahí están los médicos, con cara de sorpresa, como si acabaran de presenciar un fenómeno paranormal, preguntándose con total inocencia cómo es posible que nadie les entienda, como si la confusión colectiva hubiera brotado por generación espontánea y no porque ellos explican menos que un manual de electrodoméstico mal traducido.



EL ABUSO MÉDICO DISFRAZADO DE HEROÍSMO.

Cada vez se reportan más casos en los que ENFERMERAS vacunan a niños sin el consentimiento de sus padres, convencidas de que están “protegiéndolos” de familias supuestamente “antivacunas”. Lo hacen con la justificación de que “los padres representan un peligro para la salud de sus hijos”, pero sin tener ninguna formación avanzada en inmunología que les permita evaluar riesgos específicos.

El problema es que muchos de estos niños terminan hospitalizados tras la vacunación porque tenían condiciones médicas subyacentes que jamás fueron investigadas. ¿Y qué pasa entonces? Los padres exigen respuestas, exigen justicia. Pero el sistema de salud, en lugar de reconocer su error, los desacredita, los tacha de conspiranoicos y los hace quedar como paranoicos.

¿Y el niño?

El niño queda atrapado en un calvario médico que pudo haberse evitado con una simple evaluación inmunológica previa. Pero claro, eso no es parte del protocolo.

No se trata de estar a favor o en contra de las vacunas. Se trata de algo básico: la medicina debe basarse en la investigación, no en la rutina

ciega. Vacunar sin investigar es una negligencia grave que pone en riesgo a los niños más vulnerables.

El verdadero problema no son las vacunas. El problema es la soberbia y la ignorancia de quienes las administran sin evaluar a cada paciente de manera individual.



LA PARADOJA NEUROLÓGICA

EL PRIMER VERDUGO DEL AUTISTA ES EL NEURÓLOGO

Si el neurólogo realmente entendiera cómo funciona la neuroplasticidad, lo primero que haría antes de diagnosticar autismo sería descartar neuroinflamación, desmielinización y cualquier otra alteración neurológica orgánica.

Lo lógico sería que, antes de etiquetar a un niño con un diagnóstico de por vida, se investigaran las posibles causas médicas de sus síntomas.

- ¿Hay inflamación en su sistema nervioso?
- ¿Existe desmielinización que afecte la transmisión de señales cerebrales?
- ¿Hay una disfunción inmunológica o metabólica que esté causando los síntomas?



Pero ningún neurólogo lo hace.

Por lo menos, yo no conocí ni uno solo.

Ni en mi experiencia personal.

Ni en los testimonios de más de 500 madres con las que hablé.

Ninguno mencionó neuroinflamación.

Ninguno mencionó desmielinización.

Ninguno mencionó la posibilidad de una enfermedad neurológica orgánica tratable.

Envían a terapia conductual, con la excusa de la “neuroplasticidad”.

Pero aquí está la incoherencia más grande de todas:

- La neuroplasticidad difícilmente ocurre en un cerebro enfermo.
- Si hay neuroinflamación, las conexiones neuronales no se reorganizan correctamente.
- Si hay desmielinización, el cerebro no puede transmitir señales de manera eficiente.

Los neurólogos deberían ser los primeros en exigir estudios médicos antes de dar un diagnóstico de autismo.

Mientras ellos repiten su guion, miles de niños son diagnosticados erróneamente, etiquetados sin pruebas y abandonados sin tratamiento.

Esto no es medicina—es negligencia disfrazada de diagnóstico.



LA LÓGICA INMUNOLÓGICA

La medicina “moderna” ...

Con todo y sus avances, parece haberse saltado un capítulo entero de inmunología BÁSICA, ignorando la conexión entre inmunología y neurodesarrollo.

¿CÓMO SE SIGUE PERMITIENDO ESTE ERROR TAN OBVIO?

- No se puede estudiar el cerebro sin estudiar el sistema inmunológico.
- No se puede diagnosticar autismo sin antes descartar encefalopatías inflamatorias o inmunomediadas.
- No se puede tratar a estos niños sin considerar que su sistema inmune podría estar atacando su propio cerebro.

Pero la neurología “moderna” sigue aferrada a la idea de que el cerebro es un órgano aislado, como si flotara en el vacío, ajeno a los procesos inflamatorios

que lo rodean. ¿Por qué? Porque aceptar la realidad significaría admitir décadas de diagnósticos erróneos.

¿Por qué molestarse en buscar biomarcadores inmunológicos cuando es más fácil encasillar a un niño en el “espectro” y mandarlo a terapias?

Se han encontrado pruebas claras de neuroinflamación en niños diagnosticados con TEA, pero la neurología se niega a considerarlo.

El sistema inmunológico de estos niños grita señales de alerta, pero los médicos prefieren decirles a los padres que acepten la “neurodiversidad” en lugar de buscar qué demonios está afectando el cerebro de sus hijos.

“¿Por qué los niños autistas tienen inflamación crónica, hipermetabolismo de la microglía, alteraciones inmunológicas y deficiencias metabólicas? ¿Qué pregunta tan incómoda!”

Mejor sigamos diagnosticando. Autismo, terapia y antipsicóticos. Es más fácil, más rápido y les asegura

que los padres seguirán pagando continuamente. Si encuentran un diagnóstico y tratamiento real, ya no volverán tan seguido.

—NEUROLOGÍA SIN INMUNOLOGÍA = NEGLIGENCIA—



GASTROENTERÓLOGOS

El intestino y el cerebro están conectados por millones de terminaciones nerviosas y por el eje intestino-cerebro, pero, sorprendentemente, muchos médicos actúan como si fueran dos órganos sin relación alguna.

Un niño autista tiene dolor abdominal constante, diarrea crónica, estreñimiento severo o reflujo que no lo deja dormir. Todo apunta a un problema gastrointestinal. Pero cuando los padres buscan ayuda médica, se encuentran con una respuesta ridícula y vacía:

- “Es parte del autismo.”
- “Es conductual.”
- “Es solo su forma de ver el mundo.”

¿Cómo es posible que los padres tengan que recordarles a los médicos algo tan básico como que el intestino y el cerebro están en constante comunicación?

Mientras tanto, el niño sigue gritando de dolor, pero según los médicos, el problema no es su intestino, sino su “conducta”.

- Si no habla, es autismo.
- Si no duerme, es autismo.
- Si se golpea, es autismo.
- Si tiene problemas digestivos, adivina qué... también es autismo.

Pero la pregunta es: ¿y si no es autismo, sino inflamación, disbiosis intestinal o mala absorción de nutrientes?

Si el eje intestino-cerebro es algo que cualquier estudiante de medicina debería conocer, ¿por qué demonios los médicos no hacen la conexión?



EL ENDOCRINÓLOGO “TODO ESTÁ EN RANGO”

Los endocrinólogos confían excesivamente en pruebas básicas. Ven TSH en 4.0 y, para ellos, está bien; necesitan esperar a verla por encima de 6 para actuar, ignorando la importancia de un perfil tiroideo completo que incluya T3 libre, T3 reversa y anticuerpos. En la mayoría de los pacientes, un diagnóstico incompleto puede corregirse buscando una segunda opinión. Pero los niños autistas no tienen esa opción.

A ellos se les hace un chequeo superficial y deficiente, dejando sin detectar desequilibrios hormonales que afectan directamente su desarrollo neurológico.

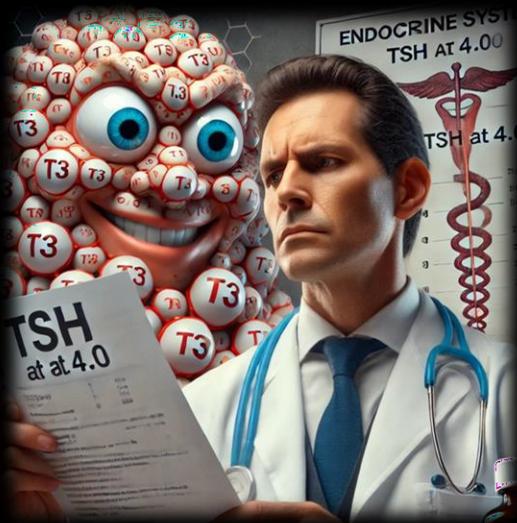
¿QUÉ PASA SI LA TIROIDES FALLA?

- Hipotiroidismo (baja función tiroidea) → Cansancio mental, niebla cerebral, depresión, dificultad para concentrarse.
- Hipertiroidismo (exceso de hormonas tiroideas) → Ansiedad, insomnio, hiperactividad mental.

La tiroides es como el motor del cerebro. Si funciona bien, el cerebro tiene energía y estabilidad; si falla, aparecen problemas cognitivos, emocionales y neurológicos.

Si hay retraso en el desarrollo, fatiga extrema, piel seca, estreñimiento, hipotermia o letargo en un bebé o niño pequeño, se debe sospechar hipotiroidismo, incluso si el tamiz neonatal fue normal. Según el “Manual de Diagnóstico y Tratamiento del Hipotiroidismo”.

Parece que muchos pasaron por alto esa lección.



LA DOBLE VARA DEL HEPATÓLOGO

Cuando un hepatólogo evalúa a una persona con ictericia (color amarillento en la piel) y movimientos involuntarios en las manos, sigue un protocolo riguroso: solicita estudios hepáticos detallados, investiga alteraciones metabólicas y, si confirma disfunción hepática, inicia un tratamiento para desintoxicar el hígado y restaurar su función.

Sin embargo, cuando el paciente es un niño diagnosticado con autismo, el enfoque cambia radicalmente. A pesar de que el niño presenta los mismos signos—movimientos anormales en las manos y posibles alteraciones hepáticas—los exámenes se reducen a análisis básicos o ni siquiera se realizan.



El mismo síntoma, pero dos interpretaciones distintas:

En un paciente neurotípico, los movimientos involuntarios pueden ser diagnosticados como corea o parte de una encefalopatía hepática.

En un niño autista, esos mismos movimientos son etiquetados automáticamente como estereotipias, sin considerar su origen fisiológico. El argumento médico es que el niño “lo hace para autorregularse”, ignorando la posibilidad de que estos movimientos sean signos de intoxicación hepática, neuroinflamación o desequilibrio metabólico. Como resultado, no se le ofrece el tratamiento que sí recibiría cualquier otra persona con los mismos síntomas.

¿Qué se está ignorando en estos casos?

Hiperamonemia: Altos niveles de amonio en sangre pueden causar síntomas neurológicos, incluyendo



movimientos involuntarios y alteraciones del comportamiento.

Déficits en el ciclo de la urea: Trastornos metabólicos que pueden causar encefalopatía tóxica.

Alteraciones en la bilirrubina: Un hígado sobrecargado puede afectar la función neurológica antes de que los valores lleguen a rangos críticos.

Acumulación de metales pesados: La incapacidad del hígado para eliminar toxinas puede influir en síntomas psiquiátricos y neurológicos.

Los síntomas hepáticos pueden causar manifestaciones neurológicas.

El hígado juega un papel crucial en la desintoxicación del organismo, especialmente en la eliminación de compuestos Neuro tóxicos como el amonio y los metales pesados. Si el hígado no funciona correctamente, se pueden producir síntomas neurológicos como movimientos involuntarios, regresión cognitiva y del lenguaje, irritabilidad

extrema y cambios de comportamiento, risa incontrolable o cambios emocionales abruptos, convulsiones o estados confusionales.

Esto está muy bien documentado en varios estudios.

Amodio et al. (2011) encontraron que la encefalopatía hepática en niños puede causar síntomas neurológicos que imitan el autismo, incluyendo déficits cognitivos y conductuales.

Jones et al. (2020) documentaron varios casos de niños diagnosticados con TEA que en realidad tenían alteraciones metabólicas y hepáticas tratables.

Ramos et al. (2019) mostraron que muchos niños autistas con síntomas neurológicos no reciben estudios metabólicos o hepáticos completos, a pesar de presentar alteraciones en el comportamiento compatibles con encefalopatías tóxicas.



EL GRAN ERROR DEL GENETISTA EN EL AUTISMO: LA CAJA DE PANDORA QUE NUNCA ABREN.

Los genetistas, esos científicos que supuestamente deberían entender el código de la vida, parecen haberse quedado atrapados en una versión obsoleta del “manual del ADN”. Increíblemente, quienes más deberían desentrañar los misterios del autismo son los que menos lo comprenden.

¿Por qué? Porque siguen obsesionados con los genes de discapacidad intelectual sindrómica.

Solo buscan síndromes clásicos.

Cuando llega un niño con síntomas neurológicos, la genética clínica parece tener una plantilla de diagnósticos predefinidos:

Síndrome de X Frágil.

Síndrome de Angelman.

Síndrome de Rett.

Síndrome de Prader-Willi.

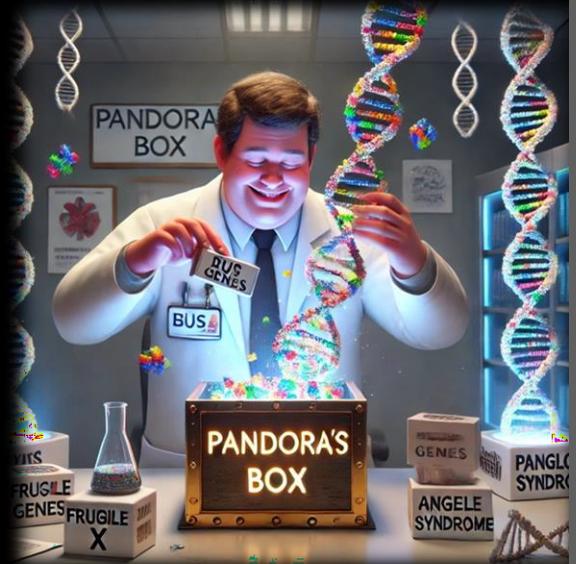
Si no encaja en esos, simplemente lo descartan.

Si no aparece un gen mutado con luces de neón, entonces “no hay nada que investigar”.

Pero ¿y si el problema no está en el ADN, sino en cómo se expresa?

El gran olvido: epigenética, la pieza que nunca analizan.

Los genetistas ignoran por completo los mecanismos epigenéticos, es decir, cómo el ambiente, la inflamación, las toxinas, la dieta y las infecciones alteran la expresión genética sin cambiar la secuencia del ADN.



Ejemplo de lo que ignoran:

Un estudio de James et al. (2004) encontró que los niños autistas tienen disrupciones en el metabolismo de folatos y glutatión, lo que afecta la metilación del ADN, un proceso clave en la regulación epigenética.

Esto significa que muchos niños con autismo no tienen “genes defectuosos”, sino genes que están desactivados o mal regulados por inflamación, toxinas o déficits metabólicos.

Pero los genetistas no revisan esto.

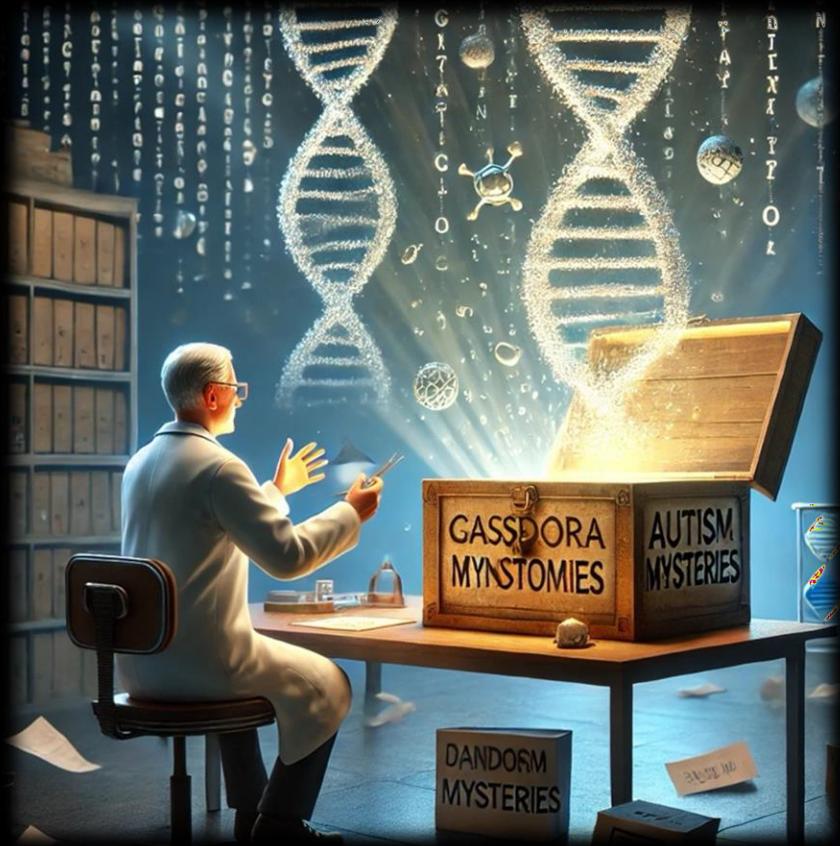
VUS: el cajón del no entiendo.

Los exomas y microarrays a veces muestran variantes de significado incierto (VUS).

¿Qué hacen con esas variantes? Las tiran al cajón del “no entiendo”.

En lugar de investigar cómo afectan la función neurológica o inmunológica, prefieren ignorarlas.

El problema es que muchas de esas “variantes inciertas” están relacionadas con disfunciones metabólicas, inmunológicas y mitocondriales, pero los genetistas las ignoran porque no encajan en un síndrome ya descrito en sus libros, mientras dejan de lado genes metabólicos e inmunológicos que influyen en el neurodesarrollo



MÉDICOS GENERALES: MULTITASKING, HACIENDO TODO Y NADA A LA VEZ



La medicina general tiene un propósito fundamental: ser el primer punto de contacto con el sistema de salud, identificar posibles problemas y derivar a los

pacientes a especialistas cuando la situación lo amerita. Sin embargo, cuando se trata de niños autistas, este sistema parece colapsar en manos de médicos que, por egolatría, desinterés o simple desconocimiento, asumen un rol de “todólogos” que diagnostican, tratan y minimizan síntomas que deberían ser evaluados por especialistas.

Es preocupante cómo muchos médicos generales actúan como barrera en lugar de como puente hacia la atención especializada. Un niño autista llega con problemas de tiroides, pero si los valores no están dramáticamente alterados, se descarta la necesidad de endocrinología. Llega con enzimas hepáticas elevadas, pero como “no es demasiado”, el médico asume que el hígado se recuperará solo. Presenta fiebre recurrente sin causa aparente, pero como no está en estado crítico, se le resta importancia. Esta tendencia a minimizar todo lo que no implique una emergencia inmediata es una forma de negligencia que puede derivar en complicaciones a largo plazo.

El Médico General como Obstáculo

En teoría, la medicina general debería actuar como un filtro para derivar a los pacientes correctos a los especialistas adecuados. En la práctica, cuando se trata de niños autistas, ese filtro se convierte en una muralla. Lo que en un niño neurotípico podría ameritar una interconsulta inmediata, en un niño autista se descarta bajo la etiqueta de “manifestaciones comunes del espectro”.

Un niño autista con hipotiroidismo leve no es solo un niño con una tiroides un poco lenta; es un niño cuyo desarrollo neurológico puede verse afectado por un mal funcionamiento tiroideo. Pero el médico general, en lugar de considerar los impactos a largo plazo, decide que no es suficiente para enviarlo con un endocrinólogo. Lo mismo ocurre con alteraciones hepáticas, disfunciones inmunológicas y cualquier síntoma que no parezca una amenaza inminente.

Si estos médicos fueran mecánicos, serían los que le dicen a un cliente:

—Sí, el auto hace un ruido raro, pero sigue avanzando. Espere a que se descomponga del todo y entonces lo revisamos.

El Peligro de la Minimización

El problema central es que muchos médicos generales tratan los síntomas en autistas como si fueran aislados, sin considerar el cuadro clínico en su conjunto. Un hígado ligeramente inflamado, una fiebre sin foco aparente o una alteración en la tiroides

pueden parecer insignificantes de manera individual, pero en un niño autista con predisposición a problemas metabólicos, inmunológicos y neurológicos, cada uno de estos factores puede ser una pieza clave en un rompecabezas mucho más complejo.

En medicina, la omisión es tan grave como la acción errónea. No referir a un niño autista a un especialista cuando hay signos de disfunción tiroidea, hepática o inmunológica no es solo una cuestión de criterio médico: es una negligencia encubierta bajo la frase “no es grave aún”.

Muchos médicos generales tienen un enfoque erróneo de la medicina: creen que pueden hacer de todo, pero terminan haciendo nada de manera efectiva. Se ven a sí mismos como los todopoderosos que pueden diagnosticar y tratar sin ayuda, cuando en realidad están limitando el acceso a especialistas por orgullo o comodidad.

Esto se traduce en niños que pasan años sin un diagnóstico adecuado porque su médico de cabecera

nunca consideró necesario derivarlos. Se traduce en problemas hepáticos que se vuelven irreversibles porque “no parecían tan graves”. Se traduce en niños con síntomas neurológicos que podrían haber recibido tratamiento temprano, pero no lo hicieron porque un médico decidió que no valía la pena una evaluación neurológica.

Los médicos generales deben entender que su función no es ser el juez absoluto de qué síntomas merecen atención y cuáles no. Su trabajo es reconocer cuándo algo supera su conocimiento y actuar en consecuencia. Un niño autista no puede permitirse el lujo de esperar a que los síntomas sean innegables para recibir atención especializada.

Es momento de exigir que los médicos generales dejen de jugar a ser especialistas y empiecen a cumplir su verdadero rol: detectar problemas y derivar a los niños autistas con quienes realmente pueden ayudar. Porque, al final del día, el peor médico no es el que sabe poco, sino el que se niega a admitirlo.

LA GRAN GALA DE LA NEGLIGENCIA MÉDICA

Bienvenidos a las olimpiadas médicas de la incompetencia.

Aquí los doctores compiten por ver quién ignora más datos científicos mientras repite frases como “es autismo” y “está dentro del rango”.

Prepárense para un espectáculo de, guiones obsoletos y una falta de lógica tan extrema que haría sonrojar a un cavernícola.
Que comience el espectáculo.....

Medalla de oro: el neurólogo eléctrico

Categoría: Reducir la neurología a un interruptor de luz.

Paciente: Niño con regresión, movimientos involuntarios, dolor inexplicable y crisis incontrolables.

Su mejor herramienta: el *electroencefalograma*.

Si sale normal:

- Neurólogo: *“Listo. Su hijo tiene autismo. No hay nada más que investigar.”*

¿Neuroinflamación? No es parte del protocolo estándar.

¿Desmielinización? No hay pruebas de rutina para ello.

¿Encefalitis autoinmune? Se considera poco frecuente, así que mejor no pensar en ello.

¿Trastornos mitocondriales? Demasiado complejo.

Dato científico que ignora:

Neuroinflamación y autismo:

Múltiples estudios han documentado neuroinflamación en autopsias de personas con autismo.

Vargas et al. (2005), *Neuroglial Activation and Neuroinflammation in the Brain of Patients with Autism*, encontraron neuroinflamación crónica en cerebros autistas.

Disfunción mitocondrial y autismo: Rossignol y Frye (2012), *Mitochondrial Dysfunction in Autism Spectrum Disorders: A Systematic Review and Meta-Analysis*, demostraron que hasta el 80% de los niños con autismo tienen disfunción mitocondrial, afectando directamente su energía cerebral y desarrollo.

Dado este panorama, ¿por qué investigar mitocondrias cuando se puede recetar risperidona y terapia ABA?

Felicidades, doctor. Ha logrado ignorar su propio campo de estudio.

Medalla de plata: el inmunólogo “todo es una alergia”

Categoría: Confundir el sistema inmunológico con una caja de pañuelos.

Paciente: Niño con infecciones recurrentes, fiebre crónica, inflamación multisistémica y fatiga severa.

- Inmunólogo: “*Veamos su IgE.*”
- IgE en 5000.
- Inmunólogo: “*Ah, solo es alérgico.*”

¿Pruebas de función inmunológica? Exceso de ciencia.

¿Barrera hematoencefálica comprometida? No suele revisarse.

¿Encefalitis postvacunal? Casualidad.

Dato científico que ignora:

Disrupción de la barrera hematoencefálica en autismo: Fiorentino et al. (2016), Blood-Brain Barrier Dysfunction in Autism Spectrum Disorder, documentó cómo una barrera hematoencefálica alterada permite la entrada de neurotoxinas e inflamación en el cerebro.

Medalla de bronce: el endocrinólogo “todo está en rango”

Categoría: Leer laboratorios como si fueran horóscopos, con la precisión de un adivino con resaca.

Paciente: Niño con fatiga extrema, retraso en el crecimiento, intolerancia al frío y dificultades cognitivas.

- Endocrinólogo: *“Hagamos un perfil tiroideo.”*
- TSH en 4.5.
- Endocrinólogo: *“Está en rango. No hay problema.”*

Dato científico que ignora:

TSH y deterioro cognitivo en niños: Mitchell et al. (2016), *Thyroid Function and Neurodevelopmental Outcomes in Children*, encontró que una TSH superior a 2.5 puede afectar el desarrollo cognitivo en niños.

Mención honorífica: el gastroenterólogo “qué es el eje intestino-cerebro”

Categoría: Creer que el intestino y el cerebro son como vecinos que ni se saludan.

Paciente: Niño con inflamación intestinal severa, diarrea constante, disbiosis, reflujo incontrolable y alergias alimentarias.

- Gastroenterólogo: “*Seguro es por autismo. Dale dieta blanda y que siga su vida.*”

Dato científico que ignora:

Disbiosis intestinal y autismo: Vuong y Hsiao (2017), *Emerging Roles for the Gut Microbiome in Autism Spectrum Disorder*, demostraron que la disbiosis intestinal puede afectar el desarrollo neurológico y la función cerebral al alterar la producción de neurotransmisores y modular la inflamación cerebral.

Eje intestino-cerebro y enfermedades neurológicas: Mayer et al. (2014), *Gut–Brain Axis: Interactions between Enteric Microbiota, Central and Enteric Nervous Systems*, hallaron que la alteración en la microbiota intestinal puede contribuir a trastornos neurológicos como la ansiedad y la depresión, generar neuroinflamación y afectar la comunicación entre el intestino y el cerebro.

Pero claro, ¿para qué complicarse cuando se puede decir que es parte del autismo?

El hepatólogo “es solo aleteo”

Categoría: Ignorar el hígado hasta que el daño está muy avanzado.

Paciente: Niño con movimientos incontrolables (coreas por problemas hepáticos).

- Hepatólogo: “*Aleteo autista, nada más.*”
- Exámenes de hígado alterados: No relevantes.
- Bilirrubina elevada: “*Es leve.*”

Dato científico que ignora

Encefalopatía hepática y síntomas

neurológicos: Amodio et al. (2011), *Cognitive Impairment in Hepatic Encephalopathy*, encontró que la encefalopatía hepática puede causar síntomas idénticos al autismo.

Hiperbilirrubinemia y daño cerebral: Watchko y Tiribelli (2013), *Bilirubin-Induced Neurotoxicity*, demostraron que incluso niveles levemente elevados de bilirrubina pueden afectar el cerebro en desarrollo, causando disfunción motora y cognitiva.

EL MÉDICO GENERAL: EL MULTITASK MULTINADA

Categoría: Saber un poco de todo, pero al final no saber nada.

Ve hierro alto y manda evitar carne en vez de investigar inflamación crónica.

Ve hierro bajo y manda suplementar sin más análisis.

Ve PCR elevada y lo atribuye a una gripe, ignorando que podría ser un marcador de neuroinflamación.

“Tómese un ibuprofeno y que Dios lo bendiga.”

Otro médico que cree que la actualización médica es opcional.

Compartiendo primer lugar: el genetista y su caja de Pandora

Categoría: Solo buscar en cinco genes y olvidarse del resto.

Si el gen no brilla con luces de neón diciendo “Síndrome de X Frágil” o “Angelman”, entonces el niño es solo autista y punto.

Dato que ignora

La epigenética y la interacción de múltiples genes juegan un papel clave en el neurodesarrollo. Pero investigar eso es demasiado trabajo cuando se puede decir “no encontramos nada”.

*Felicidades, doctores. los campeones
de la negligencia.*

Han logrado que un niño enfermo termine con un diagnóstico de autismo en vez de recibir el tratamiento que realmente necesita.

El neurólogo, ignorando neuroinflamaciones.

El inmunólogo, ignorando encefalitis.

El endocrinólogo, ignorando neuropatías.

El gastroenterólogo, ignorando encefalopatía intestinal.

El hepatólogo, ignorando encefalopatía hepática.

El genetista, ignorando más del 99% de los genes.

El médico general... con un enfoque tan amplio que termina ignorándolo todo.

*Gracias por asistir a este espectáculo. No
olviden su risperidona de cortesía a la
salida.*

Y aquí viene lo más increíble!

Cuando les presentas estos argumentos a los médicos, te responden con una *asombrosa diarrea verbal*:

‘Aaaaah sí, pero esos son casos raros’. Como si el autismo fuera lo más normal del mundo.

Es fascinante cómo alguien puede pasar años estudiando medicina, obtener un título, un prestigio, un lugar importante en la sociedad, solo para, al final, soltar respuestas que harían dudar de si realmente entienden algo de lo que estudiaron... ¿y realmente lo estudiaron? ¿Con qué promedio pasaron?

Es por gente así que los envases de shampoo traen instrucciones.

Es por personas como estas que queda claro que el criterio está a años luz por encima de un título.

Pueden tapizar sus paredes de diplomas, presumir sus medallas y llamarse ‘expertos’, pero sin criterio, sus títulos no valen ni para papel higiénico. *Al menos el papel higiénico cumple una función.*

RISPERIDONA: CALLANDO SÍNTOMAS, IGNORANDO CAUSAS.

La risperidona es un antipsicótico atípico que bloquea dos tipos principales de receptores:

- ✓ Receptores de dopamina D2: Reduce la actividad dopaminérgica, lo que disminuye la excitación neuronal y los síntomas de hiperactividad o irritabilidad.
- ✓ Receptores de serotonina 5-HT2A: Inhibe la activación serotoninérgica, lo que ayuda a regular la impulsividad y la agresividad.

Su único mecanismo de acción es alterar la transmisión de neurotransmisores.



El problema es que muchos autistas no tienen un trastorno primario en estos neurotransmisores, sino una neuroinflamación subyacente.

Por eso, en algunos casos, la risperidona logra disfrazar el síntoma, suprimiendo la irritabilidad sin tratar la causa real. Pero en muchos otros, empeora la situación, agravando el daño metabólico y neurológico.

Y esto no es una teoría. Madres en todo el mundo han reportado lo mismo una y otra vez a los médicos. Solo que, en lugar de escucharlas, prefieren atribuirlo a una “mala respuesta al tratamiento” en lugar de cuestionarse si el tratamiento era el adecuado.

- Estudios post mortem han encontrado activación crónica de la microglía y niveles elevados de citocinas proinflamatorias en el cerebro de personas con TEA (Vargas et al., 2005; Morgan et al., 2010).
- Se han observado niveles elevados de IL-6, TNF- α e IFN- γ en líquido cefalorraquídeo y plasma de niños

autistas (Goines & Van de Water, 2010; Wei et al., 2011).

- La microglía, encargada de la respuesta inmunitaria en el cerebro, se encuentra en un estado de activación persistente en el TEA, lo que sugiere una inflamación neuronal de base.

Cómo empeora la neuroinflamación

1. Aumenta el estrés oxidativo

- La dopamina no solo regula el estado de ánimo, sino que protege al cerebro del daño oxidativo.
- La risperidona bloquea los receptores D2, reduciendo la dopamina y dejando el cerebro más vulnerable.

2. No reduce la inflamación microglial

- En autismo, la microglía está activada de forma crónica, liberando citocinas inflamatorias.
- La risperidona no interfiere con esta activación, por lo que la inflamación sigue avanzando.

3. Desregula la serotonina y el sistema inmune

- La serotonina modula la respuesta inmunológica y la inflamación.
- Al bloquear los receptores 5-HT_{2A}, la risperidona interrumpe esta regulación, alterando aún más el sistema inmune.

4. Provoca síndrome metabólico y agrava la inflamación sistémica

- Se ha asociado con aumento de peso, resistencia a la insulina y síndrome metabólico (Correll et al., 2009).
- Estos cambios metabólicos disparan aún más la inflamación en niños con TEA.

5. Agrava la disautonomía y la fatiga crónica

- Muchos niños con autismo presentan disautonomía, fallos en el sistema nervioso autónomo.
- La risperidona puede empeorar hipotensión, mareos y fatiga crónica.

¿Tiene alguna utilidad en autismo?

En trastornos psiquiátricos con exceso de dopamina o serotonina, la risperidona puede ser útil.

Pero en autistas con neuroinflamación, su uso es altamente cuestionable, porque:

- No trata la inflamación de base.
- Reduce la dopamina, aumentando el estrés oxidativo.
- Interfiere con la serotonina y la respuesta inmune.
- Aumenta la inflamación sistémica mediante cambios metabólicos.

Si la mayoría de los autistas tienen neuroinflamación, la pregunta es:

¿Por qué se receta un fármaco que no solo no la trata, sino que puede empeorarla?

El verdadero problema es que no se realizan pruebas de inflamación antes de prescribir risperidona. Se receta sin investigar si la causa es inflamatoria, metabólica o inmunológica.

La solución fácil, pero equivocada

- Para el médico: porque es más rápido recetar que investigar.
- Para la escuela: porque un niño sedado es más fácil de manejar.
- Para la madre: porque si el niño “mejora”, la culpa desaparece.

Pero lo más fácil casi nunca es lo mejor. Si la causa real del comportamiento no se trata, el daño sigue avanzando en silencio.



Aquí no solo el médico es responsable

Si una madre acepta sin cuestionar, también es cómplice.

Si su argumento es “en un grupo de mamás dijeron que funciona”, eso no es evidencia científica.

Si solo busca en Google y lee el primer resultado, tampoco es investigación.

El derecho a la salud no es solo recibir un tratamiento, es recibir el tratamiento correcto.

Y el tratamiento correcto requiere evidencia, no recetas automáticas ni testimonios sin fundamento.

Si la decisión de dar risperidona no está respaldada por estudios y análisis, entonces no es un tratamiento: es una lotería con efectos secundarios.

Si la causa del comportamiento no se trata, el daño sigue avanzando en silencio. Y en muchos casos, cuando se descubra, ya será tarde.

TERAPIAS: UNA TORTURA DISFRAZADA DE REHABILITACIÓN

Las terapias conductuales fueron diseñadas para modificar patrones de pensamiento y conducta, lo que puede ser útil en ciertas condiciones neurológicas.

Pero cuando el problema no es del pensamiento, sino del cerebro, aplicar terapia conductual no solo es inútil, sino un crimen.

Miles de niños etiquetados como autistas en realidad padecen trastornos neurológicos causados por:

- ✓ Inmunodeficiencias
- ✓ Autoinmunidades
- ✓ Desórdenes metabólicos
- ✓ Desmielinización
- ✓ Encefalitis
- ✓ Intoxicaciones por metales y otros tóxicos
- ✓ Disfunciones de microglía, problemas de metilación, alteraciones en neurotransmisores

Y en lugar de recibir tratamiento médico, son sometidos a terapias interminables que jamás podrán solucionar el problema.

Porque al sistema no le interesa comprenderlos. Solo quiere que obedezcan.

Robotizados en Nombre del “Progreso”

La neuroinflamación, al igual que otros trastornos metabólicos, químicos e inmunológicos, puede afectar gravemente la función cognitiva y el procesamiento sensorial.

Someter a un niño en este estado a horas de terapia solo lo empeora. No es intervención. Es tortura.

Las terapias se han convertido en un mecanismo de control, no de comprensión. Se aplican sin cuestionar si el niño está en condiciones biológicas para beneficiarse de ellas.

Casos en los que la Terapia No Solo Falló, Sino Que Perjudicó

- Niños que pasaron años en terapia sin mejorar, porque el problema no era conductual, sino biológico.
- Niños cuya ansiedad y crisis empeoraron por la sobrecarga de estimulación, porque su cerebro inflamado no podía procesar la información.
- Niños diagnosticados con “autismo severo” cuando en realidad sufrían encefalitis autoinmune, deficiencias nutricionales o alteraciones metabólicas.

Forzados a Aprender Mientras Están Enfermos

Se los obliga a imitar conductas “apropiadas” sin preguntar si su cerebro es capaz de procesar información.

Se los adiestra en obediencia, sin cuestionar si esos comportamientos son síntomas de una enfermedad médica no diagnosticada.

Si el problema fuera solo conductual, la terapia funcionaría sin resistencia.

Pero cuando el problema es orgánico, la terapia no solo es ineficaz, sino un maltrato encubierto, disfrazado de “intervención terapéutica”.

El Precio del Aprendizaje en un Cerebro Enfermo.

Muchos niños terminan “aprendiendo”, pero a un costo altísimo:

- ⚠ Un sufrimiento silencioso que nadie nota.
- ⚠ El niño se acostumbra a vivir con dolor porque no tiene otra opción.

Y por eso muchos niños autistas no reaccionan al dolor.

- ✓ No porque sean “diferentes”.
- ✓ No porque sean “resistentes”.
- ✓ No porque vivan “en su mundo”.
- ✓ Sino porque el dolor se convirtió en su estado normal.

Porque la terapia se encargó de enseñarles a soportarlo.

No se Trata de Negar la Terapia. Se Trata de Cuestionarla

No es que la terapia sea inútil. Es que se aplica sin diagnosticar correctamente.

El problema no es la terapia en sí, sino que el diagnóstico erróneo lleva a tratar síntomas en lugar de la causa real.

La salud no se “entrena”. Se investiga y se trata.

El sistema ha convertido la terapia conductual en una excusa para no hacer medicina.

En lugar de buscar respuestas, entrenan al niño para adaptarse al diagnóstico sin cuestionarlo.

Han creado una tortura disfrazada de ayuda.

¿El Niño No Avanza en Terapia? Tal Vez Está Enfermo.

✓ Un niño con desmielinización no puede aprender porque sus neuronas no transmiten señales correctamente.

✓ Un niño con déficit de colina no puede formar conexiones neuronales porque su cerebro carece de los componentes esenciales.

✓ Un niño con encefalitis no puede procesar estímulos porque su cerebro está inflamado y bajo ataque inmunológico.

✓ Un niño con neuroinflamación no puede regular sus emociones ni su conducta porque su cerebro está en un estado constante de estrés y daño celular.

✓ Un niño con déficit de carnitina no tiene energía cerebral porque sus mitocondrias no pueden producir suficiente ATP.

Es como obligar a correr a un niño sin piernas y esperar que la carrera le haga crecer piernas nuevas.

No. Lo correcto sería ponerle prótesis.

Pero en este sistema, lo único que importa es que obedezca.

¿Cuántos Niños Más Están Perdiendo Su Oportunidad?

La medicina de verdad investiga. No entrena niños enfermos para actuar como si estuvieran bien.

LA RISA QUE SE MINIMIZA

¿POR QUÉ SE RÍEN SOLOS LOS AUTISTAS?

Si una persona neurotípica se ríe sin razón aparente, los médicos entran en pánico y buscan enfermedades neurológicas:

- Síndrome pseudobulbar (PBA): La risa y el llanto incontrolables pueden ser signos de daño en la corteza prefrontal o las vías corticobulbares.
- Neuroinflamación: Procesos inflamatorios en el cerebro pueden afectar el control emocional y provocar episodios de risa sin causa aparente.



- Fermentación por cándida: Puede generar risa incontrolable, falta de coordinación y problemas cognitivos.
- Traumatismo craneoencefálico.
- Esclerosis lateral amiotrófica (ELA)..

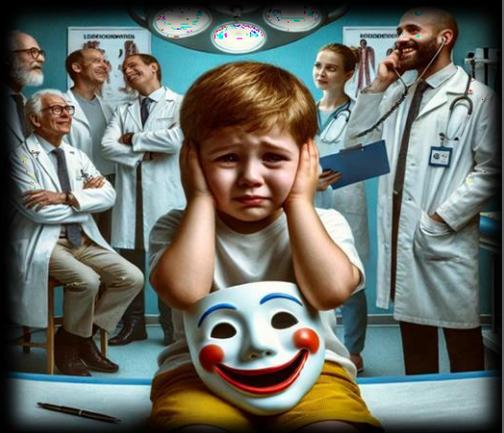
Un estudio de Shaw (2010) encontró que niños con TEA pueden tener niveles elevados de arabinol, un marcador de sobrecrecimiento de cándida que puede llevar a síntomas neurológicos como risa sin motivo, ataxia y cambios en la percepción sensorial.

- Otros estudios han documentado la relación entre disbiosis intestinal y alteraciones en neurotransmisores, lo que puede afectar el control emocional.

Pero si es un autista, se les dice a los padres que es un “rasgo de neurodivergencia” y que “lo acepten como parte de su identidad”.

No investigan cándida, no buscan intoxicación por alcohol endógeno, no consideran neuroinflamación ni daño en el sistema límbico. Nada.

La risa y el llanto
incontrolables pueden
ser signos de daño en la
corteza prefrontal o las
vías corticobulbares,
pero si el paciente es
autista, la medicina lo
ignora.



- Fermentación por *Candida*: Muchos autistas tienen desequilibrios en la microbiota, lo que provoca fermentación de carbohidratos en el intestino, generando alcohol endógeno. ¿El resultado? Síntomas de intoxicación similares a los de una persona borracha: risa incontrolable, falta de coordinación y problemas cognitivos.

No importa cuán obvias sean las pistas, los médicos se niegan a investigar. Prefieren meter todo en el saco del “espectro autista” y actuar como si los autistas fueran inmunes a todas las enfermedades neurológicas que sí se buscan en neurotípicos

AUTISMO REGRESIVO

El autismo regresivo no existe como tal. Se le llama así cuando no se comprende que estos niños pueden padecer enfermedades subyacentes que se manifiestan de manera sutil y progresiva.



Muchas de estas condiciones no son detectables en los exámenes médicos convencionales hasta que ya están en un estado avanzado, y lo único visible son los síntomas neurológicos, que los médicos malinterpretan como estereotipias o “autismo”.

Un estudio publicado en 2019 investigó la relación entre la exposición a metales y la bioenergética celular en niños con TEA. Los hallazgos indicaron que los niños con TEA y antecedentes de desarrollo normal seguidos de regresión (NDR) mostraron

alteraciones significativas en la bioenergética celular relacionadas con la exposición prenatal y postnatal a metales como el manganeso y el plomo. Estas alteraciones podrían contribuir a la aparición de síntomas neurológicos que se interpretan como “regresión”.

El papel del sistema inmune y la alimentación en la lucha del cuerpo enfermedad desatendida.

Muchos padres cuidan de sus hijos con esmero, proporcionándoles una alimentación saludable y suplementos esenciales, lo que permite que el cuerpo concentre su energía en combatir la enfermedad en lugar de lidiar con toxinas y deficiencias nutricionales.

Esto puede dar la impresión de que el niño estaba “bien” y de repente “regresó” al autismo, cuando en realidad, el problema nunca desapareció: solo estaba contenido.

Immunodeficiencias, infecciones cerebrales y la falsa regresión

Cuando existen inmunodeficiencias, el cuerpo no siempre puede contener virus y bacterias que pueden invadir el cerebro, causando una neuroinflamación silenciosa. Este daño progresivo a nivel neurológico se traduce en una pérdida de habilidades, cambios en el comportamiento y la aparición de síntomas que los médicos etiquetan como autismo regresivo.

La verdad es que el problema nunca se fue. La enfermedad, la condición inmunológica o metabólica que está afectando al niño siempre estuvo ahí, pero su progresión es lenta y engañosa.

La falta de diagnóstico y tratamiento adecuado hace que la medicina solo vea la superficie del iceberg, mientras la causa real sigue oculta bajo el agua. Lo que se llama autismo regresivo no es una regresión, es el avance de una.



EL NEGOCIO DEL AUTISMO: LUCRANDO CON LA DESESPERACIÓN.

El autismo se ha convertido en un negocio extremadamente lucrativo. Empresas, terapeutas y “expertos” han encontrado la forma de explotar la negligencia médica y la desesperación de los padres, enriqueciéndose a costa de la búsqueda de respuestas. He conocido infinidad de familias que lo han perdido todo:

- Venden sus casas, terrenos y negocios.
- Se endeudan hasta niveles impagables.
- Descuidan la alimentación y salud del resto de sus hijos con tal de comprar suplementos para el niño autista.
- Hacen viajes a la India en busca de tratamientos experimentales.

¿El resultado? Todos llegan al mismo punto: una leve mejoría, hasta que un día el niño se enferma, tiene una infección y sufre el llamado “autismo regresivo”. Los tratamientos no funcionan porque no hay diagnóstico.

Si no se encuentra la causa, no se puede dar el tratamiento de correcto.

LOS TRATAMIENTOS PARA EL AUTISMO:
¿SIRVEN O SON SOLO UNA ESTAFA?

Algunos tratamientos tienen fundamentos científicos en otras condiciones. El problema es que se venden como soluciones universales sin un diagnóstico previo, convirtiendo el autismo en una ruleta rusa de gastos innecesarios.

BIOMEDICINA

La Biomedicina:
¿Solución
Individualizada o
Negocio de Protocolos?

La biomedicina, cuando se aplica de forma personalizada a cada niño, puede ser una herramienta valiosa en el manejo del autismo.

Sin embargo, con el paso del tiempo ha perdido su enfoque individualizado y se ha transformado en un negocio costoso basado en protocolos rígidos. Los tratamientos, que antes se adaptaban a las necesidades de cada niño, ahora se aplican de manera masiva sin considerar diferencias biológicas reales.

Pero no solo se ha convertido en un negocio, también ha olvidado el sentido común.



El caso de la desparasitación interminable

Muchas familias entran en el ciclo infinito de la desparasitación, donde los niños pasan años tomando antiparasitarios, como si su cuerpo fuera una fábrica de lombrices que nunca se detiene.

¿Por qué nadie se pregunta por qué un niño sigue infestándose de parásitos una y otra vez?

¿Por qué no se investiga si hay un problema inmunológico de fondo que lo hace más vulnerable?

Si un niño vive en el mismo ambiente, con la misma higiene y alimentación que su familia, pero es el único que siempre tiene parásitos, metales pesados o infecciones recurrentes, lo lógico sería investigar qué lo hace más propenso, en lugar de seguir aplicando el mismo tratamiento sin fin.

Pero claro, si se encuentra la verdadera causa, el negocio se termina.

Lo mismo ocurre con la toxicidad por metales

Muchos niños son sometidos a procesos agresivos de quelación durante años porque siempre tienen niveles elevados de metales pesados en las pruebas.

¿No sería más lógico investigar por qué su cuerpo no puede eliminar esos metales?

¿Podría tratarse de una alteración genética en la detoxificación hepática o en la función renal?

¿Y si en lugar de seguir eliminando metales sin parar, se estudiara la capacidad real del niño para metabolizarlos?

El problema aquí no es la toxicidad por metales en sí, sino cómo se diagnostica y trata sin una base clínica adecuada.

Muchas pruebas que detectan metales no diferencian entre una exposición normal y una intoxicación real, lo que lleva a quelaciones innecesarias con potenciales riesgos para la salud.

Ejemplo:

- Algunos niños tienen alteraciones genéticas en la vía de detoxificación, lo que hace que acumulen ciertos metales en su organismo.
- Otros simplemente tienen una eliminación más lenta, pero sin llegar a niveles tóxicos clínicamente relevantes.

- En ambos casos, la solución no es hacer quelaciones sin un diagnóstico adecuado, sino entender cómo funciona su metabolismo y qué necesita realmente.

Aquí es donde la biomedicina se aleja de la verdadera medicina. En lugar de investigar por qué el problema se repite, se limitan a seguir aplicando el mismo tratamiento una y otra vez, sin cambiar de estrategia.

Porque donde hay una solución real, el negocio se acaba.

Conclusión: No se trata de rechazar la biomedicina, sino de devolverle el sentido lógico y científico.

La biomedicina tiene el potencial de ser una gran herramienta cuando se aplica con base en datos clínicos sólidos.

Pero cuando se convierte en una industria que trata a todos los niños como si fueran iguales, sin investigar a fondo las causas individuales, deja de ser medicina y se convierte en una máquina de hacer dinero.



Si un niño presenta parásitos recurrentes, intoxicaciones repetitivas o inflamación crónica, la pregunta correcta no es “¿qué otro tratamiento puedo probar?”, sino “¿qué estamos pasando por alto en su biología?”.

Un médico que de verdad busca ayudar no debería enfocarse solo en tratar síntomas, sino en entender por qué ocurren y qué los está causando.

El problema no es la biomedicina en sí, sino su uso sin cuestionamiento, sin personalización y sin verdadera investigación.

MÉTODO DOMAN

El Método Doman está diseñado para niños con lesiones cerebrales ESTRUCTURALES, como aquellas causadas por accidentes, falta de oxígeno al nacer (hipoxia perinatal), parálisis cerebral, traumatismos craneoencefálicos o malformaciones congénitas.

Se basa en la idea de que el cerebro puede reorganizarse si se le da la estimulación correcta y repetitiva.

Pero esto no significa que funcione igual en niños con inflamación neurológica o disfunción metabólica.

¿Por qué no funciona igual en niños con inflamación cerebral?



La inflamación no es una lesión estructural permanente:

- Un niño con un proceso inflamatorio activo (por ejemplo, encefalitis autoinmune, neuroinflamación crónica, disfunción mitocondrial) no tiene necesariamente daño en la estructura del cerebro, sino un problema en la función celular.
- La inflamación puede afectar temporalmente la comunicación neuronal, pero no significa que haya que “reentrenar” el cerebro con ejercicios físicos intensivos.

El problema en la inflamación suele ser inmunológico o metabólico, no motor:

- Si la inflamación cerebral es causada por problemas inmunológicos, autoinmunidad o metabolismo deficiente, la solución no es hacer que el niño gatee o vea tarjetas con palabras.
- Es más efectivo tratar la causa subyacente (inmunomodulación, control de inflamación, soporte mitocondrial, corrección de deficiencias nutricionales).

El Método Doman no trata la raíz del problema en casos inflamatorios:

- Puede haber mejoras temporales en algunos síntomas motores o sensoriales, pero si el problema de fondo sigue presente (inflamación, disbiosis, toxicidad, autoinmunidad), el niño seguirá teniendo regresiones o estancamientos.

Entonces, ¿para quién sí puede funcionar el Método Doman?

- Niños con lesiones cerebrales estructurales confirmadas (parálisis cerebral, hipoxia perinatal, accidentes neurológicos).

-Niños con daño en las vías motoras o sensoriales que necesitan rehabilitación intensiva.

-Casos donde la plasticidad neuronal puede compensar una lesión existente.

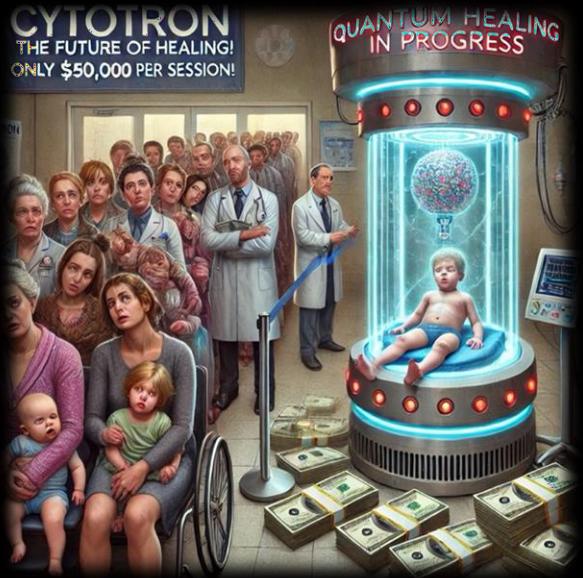
Si un niño tiene autismo debido a inflamación, disbiosis, autoinmunidad o problemas metabólicos, este método no corregirá la causa real de su condición.

CYTOTRON

La FDA lo considera “prometedor” pero basado en lo que los creadores aseguran, no en pruebas concluyentes.

Los ensayos clínicos son pobres se habla de “resonancia magnética cuántica rotacional”, el lenguaje que usan para describirlo es confuso y ostentoso.

Eso es una red flag, porque cuando un tratamiento realmente funciona, no necesita palabras rimbombantes para explicar cómo lo hace.



Sí, vale la pena investigarlo, pero no vale la pena arruinarse económicamente por algo experimental.

Incluso si funciona, hay que ver en qué condiciones sirve y en cuáles no.

Mucha gente se emociona sin entender que un hallazgo interesante no significa automáticamente una cura universal.

Un cerebro bien alimentado tiene más respaldo científico para mejorar el desarrollo que un tratamiento sin ensayos clínicos sólidos.

Si un niño mejora lo suficiente como para amarrarse las agujetas, hay muchas variables que pudieron influir en eso, y no necesariamente el Cytotron.

Si eres 100% racional y estás viendo las cosas con claridad. No estás cayendo en un sesgo de rechazo absoluto, pero tampoco te dejas deslumbrar por promesas sin evidencia.

Si un tratamiento es tan caro, debe demostrar con estudios clínicos que vale cada centavo. Si no lo hace, es una apuesta riesgosa.

TERAPIA MeRT

La Estimulación Magnética Transcraneal (EMT) y su variante Terapia de Resonancia Magnética (MeRT)

¿Funciona realmente?



Esta ha sido aprobada por la FDA únicamente para depresión resistente, migrañas y trastorno obsesivo-compulsivo (TOC).

Esta terapia funciona a través de la inducción de corrientes eléctricas en el cerebro, modulando la actividad neuronal de acuerdo con la frecuencia utilizada:

- Baja frecuencia (≤ 1 Hz): Inhibe la actividad neuronal.
- Alta frecuencia (≥ 5 Hz): Estimula la actividad neuronal.

El fundamento científico detrás de su aprobación radica en que estas patologías están bien caracterizadas en términos de disfunción neuroquímica y actividad cerebral anómala, lo que permite medir su efecto de manera más objetiva.

¿Por qué no es una solución efectiva para el autismo?

Si la disfunción cerebral de un niño con TEA proviene de una alteración metabólica, inmunológica o inflamatoria, no corregirá el problema de fondo. En el mejor de los casos, puede inducir cambios temporales, pero en la mayoría de los niños, los efectos son mínimos o nulos.

Es por esto que las terapias basadas en “modulación cerebral” sin un diagnóstico profundo son altamente

cuestionables en autismo y pueden caer en la charlatanería.

CÉLULAS MADRE

Las células madre tienen la capacidad de dividirse y diferenciarse en distintos tipos celulares. Se encuentran en tejidos como la médula ósea, la sangre del cordón umbilical y ciertos órganos del cuerpo.

Tipos principales de células madre

- Totipotentes: Pueden convertirse en cualquier tipo de célula del cuerpo.
- Pluripotentes: Se pueden transformar en casi cualquier célula, excepto tejidos extraembrionarios.
- Multipotentes: Se diferencian en tipos celulares específicos (por ejemplo, las células madre hematopoyéticas generan células sanguíneas).

En ciertas enfermedades, las células madre pueden regenerar tejidos dañados o reemplazar células muertas, pero su efectividad depende de la patología y del tipo de célula utilizada.

¿En qué enfermedades han demostrado ser efectivas?

Las células madre han mostrado beneficios en algunas enfermedades, especialmente aquellas donde hay pérdida celular irreversible o daño tisular severo:

- Enfermedades de la sangre (leucemias, anemia aplásica, linfoma): Se utilizan trasplantes de médula ósea con células madre hematopoyéticas.
- Enfermedades de la piel (quemaduras graves): Se emplean para la regeneración cutánea.
- Ciertas enfermedades autoinmunes (esclerosis múltiple en algunos casos): Han sido usadas en ensayos clínicos para reprogramar el sistema inmunológico.

- Trastornos neuromusculares específicos (atrofia muscular espinal, algunas formas de distrofia muscular): Solo en ciertos tipos genéticos donde la regeneración celular tiene un impacto funcional.

¿Qué tienen en común estas enfermedades?

- ✓ Pérdida celular irreversible que puede ser reemplazada por nuevas células.
- ✓ Daño estructural o funcional claro en el tejido afectado.
- ✓ Mecanismo de regeneración celular bien estudiado y comprobado en modelos experimentales.

¿Por qué pueden generar mejoras temporales?

- Modulan la inflamación: Si el niño tiene una condición neuroinflamatoria o inmunológica, las células madre pueden reducir la inflamación, lo que podría mejorar temporalmente la regulación del sistema nervioso.
- Aumentan la oxigenación y la regeneración celular: En niños con déficit en el

metabolismo energético o daño leve en ciertos tejidos, pueden mejorar la función celular por un tiempo.

- Efecto placebo y cambios en el entorno: Muchos padres que invierten en células madre también modifican la alimentación, implementan terapias y reducen tóxicos, lo que puede influir en la mejoría percibida.

El problema

Si no se comprende cuál es la verdadera enfermedad o condición subyacente, se está perdiendo tiempo y la oportunidad de tratar la raíz del problema.

✓ Pueden generar mejorías leves porque están modulando algo en el organismo, pero si no se investiga a fondo, se podría estar ignorando una causa real tratable.

En lugar de gastar dinero en un tratamiento incierto, es más útil invertir en pruebas especializadas.

El tiempo es oro en estos casos, y las células madre pueden terminar siendo un placebo costoso que haga perder tiempo y recursos valiosos.

**TRASPLANTE FECAL EN AUTISTAS:
CUANDO LITERALMENTE TIRAS EL
DINERO A LA MIERDA**

Si pensabas que lo habías visto todo en tratamientos para el autismo, espera a escuchar esto: trasplante de caca. Sí, así como lo lees. En un intento desesperado por “arreglar” el autismo, algunos padres han llegado al punto de pagar miles de dólares para que sus hijos reciban microbiota fecal de un donante sano. En otras palabras, están invirtiendo su dinero en un procedimiento donde, literalmente, la caca de otra persona es el tratamiento estrella.



Y antes de que alguien me acuse de exagerar, aclaremos: sí, el trasplante fecal tiene su lugar en la medicina,

especialmente en infecciones graves por *Clostridium difficile*. Pero de ahí a pensar que cambiarle las bacterias intestinales a un niño va a eliminar el

autismo, hay un salto más grande que el que dio Neil Armstrong en la Luna.

La teoría detrás del trasplante fecal: ¿suena bonito? Sí. ¿Tiene sentido? No tanto.

La idea es simple: como los niños autistas suelen tener problemas digestivos y una microbiota intestinal diferente, si reemplazamos sus bacterias malas por bacterias “buenas”, mágicamente todo mejorará.

En teoría, esto podría ayudar con problemas digestivos, pero... ¿con el autismo?

Aquí es donde la ciencia dice: espera, espera, no tan rápido.

Un estudio pequeño (y con pequeño quiero decir que cabía en una mesa de comedor) encontró que algunos niños con autismo mejoraron tras recibir TMF. Claro, si tienes problemas intestinales severos y te los alivian, probablemente te sentirás mejor. Pero de ahí a decir que esto cura el autismo o que cambia radicalmente la vida del niño, hay una diferencia abismal.

¿Por qué la gente sigue cayendo en esto?

Porque la desesperación es el mejor negocio. Padres agotados, sin respuestas claras, escuchan sobre un procedimiento que podría mejorar los síntomas de su hijo y, antes de pensarlo dos veces, ya están pagando miles de dólares.

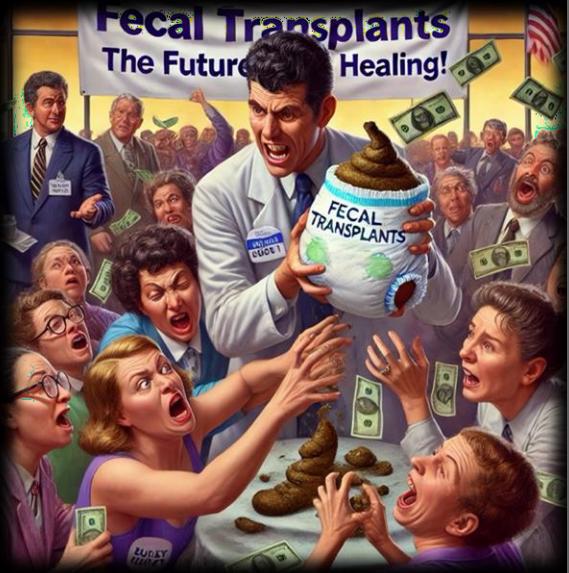
Es como cuando alguien se compra un suero de colágeno de 300 dólares porque le prometieron que rejuvenecería 20 años.

Y lo peor es que ni siquiera está regulado. Esto significa que, en muchos casos, los donantes no están debidamente controlados, los procedimientos son experimentales y los efectos secundarios pueden ser un boleto directo a problemas más grandes.

***Los riesgos: Porque no es solo un
“cambio” intestinal***

Puedes terminar con infecciones graves. Sí, así como suena.

No importa cuánto “filtro” le pongan a la caca donada, siempre existe el riesgo de que contenga virus, bacterias o parásitos que tu hijo no necesita.



Jugar con el sistema inmunológico no es un juego. Si el niño tiene una predisposición a enfermedades autoinmunes (algo común en autistas), meterle un cóctel de bacterias ajenas puede ser como encender una mecha sin saber si la dinamita está cerca.

Puede afectar el metabolismo de maneras impredecibles.

¿Sabías que hay estudios donde ratones flacos se volvieron obesos tras un trasplante fecal de ratones gordos? Sí, porque la microbiota intestinal regula un montón de cosas, y meterse con ella sin saber exactamente qué estás haciendo es como jugar a la ruleta rusa con la salud del niño.

Pero ¿y si solo quiero intentarlo?

Si después de todo esto aún quieres gastar miles de dólares en un procedimiento experimental, adelante. Solo recuerda que es más útil gastar ese dinero en estudios clínicos especializados para saber qué está pasando en el cuerpo del niño.

Porque, ¿sabes qué es más barato y posiblemente igual de efectivo?

- ✓ Hacer un buen análisis de microbiota intestinal y corregir la disbiosis con dieta y probióticos específicos.
- ✓ Tratar alergias, intolerancias y problemas digestivos con estrategias probadas.

✓ Investigar alteraciones metabólicas e inmunológicas reales en el niño en lugar de buscar soluciones milagrosas.

Conclusión: No conviertas el baño en un laboratorio de medicina experimental

El trasplante fecal en autismo es una moda peligrosa que no tiene suficiente respaldo científico. Podría ayudar a niños con problemas digestivos severos, pero venderlo como un tratamiento revolucionario para el autismo es simplemente una exageración con fines comerciales.

Así que antes de literalmente tirar tu dinero a la mierda, mejor inviértelo en estudios médicos sólidos.

Porque, al final del día,

la solución no está en la caca de otro, sino en la sangre y la genética de tu hijo...

LOS TRATAMIENTOS NATURALES:

¿SOLUCIÓN O RIESGO?

el mayor problema con los tratamientos naturales es cuando la causa subyacente es inmunológica. Las condiciones inmunológicas crónicas requieren un enfoque continuo, y aquí es donde surge el problema: la necesidad de aplicar tratamientos de manera constante.

Cuando un niño presenta con frecuencia:

- Respuesta exagerada a picaduras de mosquitos
- Heridas que tardan mucho en sanar
- Infecciones recurrentes (bacterianas, virales, fúngicas o parasitarias)
- Intoxicación frecuente con metales pesados o toxinas

Es una señal de que su sistema inmunológico no está funcionando correctamente.

No es normal que una madre tenga que recurrir constantemente a desparasitantes, antibióticos, antifúngicos o antivirales, ni a sustancias como la zeolita o el carbón activado.

En lugar de tratar de eliminar continuamente patógenos y toxinas, es fundamental investigar por qué el cuerpo no los está controlando por sí solo.

Muchas familias han recurrido a soluciones naturales para tratar estos problemas de salud. Algunas de las más utilizadas incluyen:

- Dióxido de cloro
- Aceite de orégano
- Jugo de zanahoria
- Zeolita
- Jugo de repollo
- Resina de pino
- Azul de metileno.

Y etcétera, la lista es interminable

Si bien, estos tratamientos tienen efectos antibacterianos, antiparasitarios y antimicrobianos, también pueden afectar microorganismos beneficiosos, alterando el equilibrio natural del cuerpo.

Por eso, es importante preguntarse:

¿realmente estamos solucionando el problema o solo suprimiendo síntomas sin abordar la causa?

Muchas personas desconocen que nuestro organismo alberga bacterias, hongos e incluso algunos parásitos beneficiosos que regulan el sistema inmune.

PARÁSITOS

Desparasitación Rectal: Cuando la Desesperación Supera la Lógica

Algunos niños autistas tienen infestaciones parasitarias recurrentes. La mayoría de los médicos simplemente recetan un antiparasitario sin preguntarse lo más obvio:

¿Por qué este niño sigue teniendo parásitos una y otra vez?

Pero como la medicina moderna se basa en protocolos automáticos, nadie investiga por qué el sistema inmunológico de estos niños no está funcionando correctamente. Y aquí es donde comienza el circo.



Porque ante la falta de respuestas, las madres desesperadas entran en acción.

Si el médico ignora el problema, ellas lo resolverán con ajo, aceites esenciales y un enema medieval.

Así que el niño pasa de ser ignorado por el médico a ser sometido a rituales que bien podrían pertenecer a una secta.



Este método consiste en introducir manualmente infusiones de ajo, aceites o hierbas en el recto del niño para provocar la expulsión de parásitos intestinales.

¿Qué se logra con esto?

- ✓ Que algunos parásitos salgan del intestino grueso (sí, solo del grueso).
- ✗ Que las larvas y huevos sigan intactos.
- ✗ Que los parásitos peligrosos que afectan el cerebro sigan ahí.
- ✗ Que el niño pase por una experiencia digna de terapia psicológica.

Y la mejor parte: los parásitos que salen están vivos y coleando. Porque no fueron eliminados, solo desalojados.



“Lo Natural Es Mejor”
me lo dijeron en un
grupo de WhatsApp,
donde hablan de la
recuperación del autismo
con lo natural ...
¿Seguro?

Aquí es donde entran los
argumentos mágicos:

- “El ajo tiene alicina, que combate parásitos.”
- “La medicina natural es mejor porque no tiene químicos.”
- “Los desparasitantes de farmacia son tóxicos.”

Lo irónico es que muchos antiparasitarios farmacéuticos provienen de compuestos naturales. La diferencia es que estos sí han sido estudiados y optimizados.



Si un niño tiene una neuroinfección parasitaria grave, lo que necesita no es un enema de ajo, sino un tratamiento basado en la biología del parásito.

¿Por qué el ajo y las hierbas NO son suficientes?

BIOLOGÍA DEL PARÁSITO

Para entender lo absurdo de la desparasitación rectal, hay que conocer cómo funciona cada antiparasitario:

- ✓ Ivermectina mata *Onchocerca* (causante de la oncocercosis, que provoca ceguera) pero no afecta *Echinococcus* (que daña el cerebro).
- ✓ Albendazol bloquea la división celular de *Echinococcus*, pero no afecta *Onchocerca* porque este parásito no depende de la mitosis.

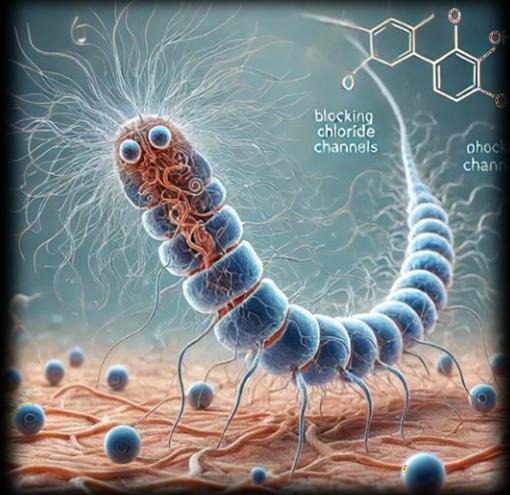
Los antiparasitarios farmacéuticos tienen mecanismos de acción específicos, porque no todos los parásitos son iguales.



Y aquí viene lo más interesante:

Si la ivermectina, que está diseñada para destruir parásitos, no sirve para todos... ¿qué les hace pensar que el ajo sí?

“Pero Hay Lugares Donde Usan Ajo y Hierbas”



Sí, claro. En comunidades en extrema pobreza donde un desparasitante de \$3 dólares es inaccesible.

En esos lugares, niños desnutridos con infestaciones parasitarias severas son sometidos a lo único que sus madres pueden costear. Pero esas mismas madres harían lo que fuera por conseguir un antiparasitario real.

A pesar de sus remedios caseros, 600,000 personas mueren al año por infecciones parasitarias.

Si el ajo y las hierbas fueran tan efectivos, esas cifras no existirían.

Si un niño tiene infestaciones recurrentes, en lugar de jugar al chamán con enemas de ajo, hay que investigar qué está fallando en su sistema inmune.

- ✓ Macrófagos y Vitamina D → Los macrófagos destruyen parásitos, pero sin suficiente Vitamina D, no funcionan bien.
- ✓ Deficiencia de Zinc → Afecta la producción de ácido estomacal, lo que facilita la supervivencia de parásitos en el tracto digestivo.
- ✓ Deficiencia de Vitamina A → Impacta la producción de mucinas, que forman una barrera protectora en el intestino.
- ✓ Revisar si existe algún problema inmunológico genético que requiera tratamiento real, como inmunoglobulinas.
- ✓ Investigar la causa específica, porque existen decenas de razones por las cuales un niño puede ser vulnerable a infestaciones parasitarias.

Pero claro, abrir nalgas, es más fácil que abrir un libro de inmunología.

Porque para la ignorancia, el camino más corto siempre parece el correcto.

RESUMEN PARA DESPISTADOS

- Los parásitos peligrosos NO se eliminan con ajo o enemas.
- Cada antiparasitario farmacéutico tiene un mecanismo específico.
- La desparasitación rectal es un método rudimentario sin evidencia de ser eficaz a largo plazo.
- La solución es investigar el sistema inmune y corregir deficiencias.
- El instinto materno NO reemplaza la existencia de la ciencia.



*Ser madre
no te
convierte en
inmunóloga,
debes
estudiar.*

*Ser médico
no te da
derecho a
solo recetar
debes
investigar.*



Si la ciencia existe, úsala. Si la medicina no responde, y no entiendes, grítale y estúdiala.

Pero no conviertas tu casa en un templo de rituales.

En un niño sano, puedes darte el lujo de equivocarte, porque su sistema inmune hará lo que tú no hiciste: corregir tu error.

Pero en un niño autista con un sistema inmunológico comprometido, no habrá milagros ni margen para la improvisación.

No habrá “el cuerpo lo equilibra”, no habrá segunda oportunidad.

Porque cuando la biología no te perdona, la ignorancia no es solo peligrosa: es letal.

ANTIBIÓTICOS

Uso excesivo de antibióticos: el impacto en la microbiota

Los antibióticos son herramientas poderosas para combatir infecciones bacterianas, pero su uso indiscriminado puede ser perjudicial.

¿Por qué?

Eliminan no solo bacterias dañinas, sino también bacterias esenciales para la salud, como:

- *Lactobacillus* y *Bifidobacterium*: Protegen la mucosa intestinal y previenen infecciones.
- *Escherichia coli* (cepas beneficiosas): Ayudan en la producción de vitamina K, esencial para la coagulación.
- *Faecalibacterium prausnitzii*: Reduce la inflamación intestinal y fortalece el sistema inmune.

¿Los probióticos son la solución para los antibióticos? NO.

El uso indiscriminado de probióticos no siempre es la solución, ya que no sabemos qué bacterias quedaron vivas en el intestino y cuáles murieron. Esto puede causar una sobrepoblación, incluso de bacterias benéficas, lo que puede generar desequilibrios intestinales en lugar de mejorar la salud.

Un exceso de ciertas cepas puede provocar inflamación, gases, diarrea o incluso afectar la absorción de nutrientes. Además, cada persona tiene una microbiota única, por lo que los mismos probióticos no funcionan igual para todos.

La clave no es solo tomar probióticos, sino restaurar el equilibrio intestinal.

ANTIVIRALES: ¿ES BUENO ELIMINAR TODOS LOS VIRUS?

Muchos ven los virus únicamente como patógenos, pero algunos desempeñan funciones clave en el cuerpo.

1. Virus beneficiosos en la microbiota
En el intestino, existen virus llamados bacteriófagos, que regulan el crecimiento de bacterias. Si los eliminamos indiscriminadamente, podríamos alterar el equilibrio de la microbiota.



2. Virus que modulan el sistema inmune.

Algunos virus han influido en la evolución humana y entrenan al sistema inmune para diferenciar entre amenazas reales e inofensivas.

Eliminarlos sin criterio podría aumentar el riesgo de alergias y enfermedades autoinmunes.

3. Virus que influyen en el neurodesarrollo

- Retrovirus endógenos humanos (HERVs): Algunos fragmentos de estos virus en nuestro ADN están activos en el cerebro y ayudan en la neurogénesis.
- HHV-6 y citomegalovirus (CMV): En personas sanas, pueden modular la respuesta inmune cerebral y favorecer la plasticidad neuronal.

Conclusión: No todos los virus son dañinos. Usar antivirales sin un diagnóstico claro podría alterar funciones esenciales del cuerpo.

ANTIFÚNGICOS: ¿QUÉ PASA SI ELIMINAMOS TODOS LOS HONGOS?

Los antifúngicos eliminan infecciones por hongos, pero también pueden afectar a hongos beneficiosos.

Ejemplos de hongos beneficiosos:

- *Saccharomyces boulardii*: Protege la microbiota intestinal.
- *Malassezia* (en equilibrio): Regula la microbiota de la piel.
- *Aspergillus niger* (cepas no patógenas): Ayuda en la digestión.



Eliminar estos hongos puede generar desequilibrios severos, debilitando la microbiota y favoreciendo infecciones más agresivas.

Relación entre los hongos intestinales y el sistema inmune.

El intestino no solo tiene bacterias, también tiene una microbiota (microbiota fúngica). Aunque se habla mucho de la flora intestinal bacteriana, se olvida que los hongos también juegan un papel clave en la salud digestiva e inmune.

CANDIDA en equilibrio: Se suele asociar *Candida albicans* con infecciones, pero en cantidades controladas cumple funciones importantes como estimular la respuesta inmune y competir con bacterias patógenas. Eliminarla completamente puede permitir que otras especies más resistentes ocupen su lugar y generen más problemas.

Otros hongos regulan el sistema inmunológico: Estudios recientes han demostrado que hongos como *Saccharomyces cerevisiae* pueden activar células inmunes como macrófagos y linfocitos T reguladores, modulando la inflamación y evitando respuestas autoinmunes.

ELIMINACIÓN DE HONGOS Y RIESGO DE INFECCIONES MÁS GRAVES

Efecto de “espacio vacío”: Si eliminamos hongos beneficiosos con antifúngicos fuertes (como la anfotericina B o el fluconazol), pueden aparecer especies fúngicas más resistentes como *Candida auris*, que es extremadamente difícil de tratar.

Compensación bacteriana: Algunos estudios han encontrado que la eliminación de hongos con antifúngicos puede llevar a un crecimiento excesivo de bacterias oportunistas como *Clostridium difficile*, aumentando el riesgo de colitis severa y disbiosis intestinal.

relación entre hongos y enfermedades neurológicas

Comunicación intestino-cerebro: Se ha descubierto que algunas especies fúngicas pueden influir en la producción de neurotransmisores como serotonina y

dopamina, afectando el estado de ánimo y la función cognitiva.

¿Los antifúngicos afectan el cerebro? Estudios en ratones han demostrado que la eliminación de hongos intestinales con antifúngicos altera la memoria y el comportamiento, lo que sugiere que la microbiota juega un papel en el equilibrio neurológico.

Esclerosis múltiple y hongos: Algunas investigaciones han encontrado anticuerpos contra *Candida* en pacientes con enfermedades autoinmunes como la esclerosis múltiple, lo que sugiere que la respuesta inmune contra hongos podría estar involucrada en la inflamación neurológica.

QUELANTES COMO ZEOLITA Y CARBÓN ACTIVADO: ¿PELIGROS OCULTOS?

Estos compuestos ayudan a eliminar metales pesados y toxinas, pero su uso excesivo puede tener efectos adversos.

1. Eliminación de minerales esenciales

No solo eliminan toxinas, también pueden arrastrar:

- Magnesio
- Calcio
- Zinc
- Selenio
- Hierro

Esto puede afectar la función inmunológica, neurológica y metabólica.

Alteración de la microbiota

Pueden eliminar bacterias beneficiosas y afectar la producción de ácidos grasos esenciales.

Redistribución de metales pesados

Si el cuerpo no está preparado para eliminarlos, los metales pueden moverse sin ser expulsados, generando toxicidad.

Conclusión: Usar quelantes sin necesitarse, y sin un protocolo adecuado puede hacer más daño que beneficio.

¿Por qué es peligroso este ciclo?

1. Pérdida del equilibrio natural

- Los antibacterianos naturales eliminan microorganismos dañinos, pero también los benéficos.
- Los antivirales pueden alterar la microbiota y la respuesta inmune adaptativa.
- Los antifúngicos eliminan hongos buenos junto con los malos.

2. Exposición prolongada

- Sustancias como la zeolita o el carbón activado pueden causar deficiencias minerales si se usan constantemente.
- El aceite de orégano, si se usa en exceso, puede irritar la mucosa gástrica y alterar la microbiota.
- El dióxido de cloro, aunque es utilizado por algunos como desinfectante interno, puede afectar la función mitocondrial si se usa sin control.

3. Adaptación del cuerpo y resistencia

- Así como las bacterias desarrollan resistencia a los antibióticos, algunos patógenos pueden adaptarse a los tratamientos naturales si se usan en exceso.
- El microbioma intestinal también puede alterarse de forma irreversible si se eliminan demasiadas especies.

4. Falsa sensación de control

- Muchos padres sienten que están ayudando a sus hijos al administrar constantemente estos tratamientos, sin darse cuenta de que solo están manejando los síntomas, no la causa.

MÁS ALLÁ DE LOS TRATAMIENTOS.
NO ES ATACAR, ES INVESTIGAR Y
EQUILIBRAR

El problema no es la medicina natural ni los tratamientos farmacológicos, sino su uso sin comprender la verdadera causa del desequilibrio en el cuerpo.

Sin un diagnóstico claro, cualquier tratamiento se convierte en un experimento riesgoso.

La clave no es eliminar todo lo “malo”, sino restaurar el equilibrio del cuerpo para que pueda defenderse por sí mismo.

No hay nada más efectivo para combatir infecciones y eliminar toxinas que un sistema inmunológico fuerte y equilibrado. Tanto los tratamientos naturales como los farmacológicos pueden ser herramientas útiles, pero ninguno sustituye la capacidad innata del cuerpo para defenderse.

La solución no es atacar constantemente a los patógenos, sino restaurar el equilibrio interno para que el sistema inmunológico funcione de forma óptima.

Si un problema de salud tiene una causa inmunológica, es crucial realizar una evaluación médica completa. Según la Unión Internacional de Sociedades de Inmunología (IUIS), existen más de 400 enfermedades inmunológicas, incluyendo inmunodeficiencias primarias y trastornos autoinmunes, muchas de las cuales requieren estudios especializados para su diagnóstico.

Sin embargo, el proceso diagnóstico puede ser largo y complejo, lo que a veces desmotiva a los médicos a profundizar en la investigación. Al mismo tiempo, muchas familias también limitan la búsqueda de respuestas,

esperando diagnósticos inmediatos con estudios básicos, como un hemograma, sin comprometerse a realizar pruebas más profundas ni a trabajar en equipo con el médico.

Cuando no hay un esfuerzo conjunto, el niño queda atrapado entre la pereza médica y la pereza familiar, lo que retrasa su diagnóstico y tratamiento adecuado. La investigación en enfermedades inmunológicas requiere paciencia, seguimiento y compromiso de ambas partes para garantizar que el niño reciba la atención que realmente necesita.

UN ROMPECABEZAS SIN IMAGEN DE REFERENCIA



1. La Paradoja de los Médicos: “Esto Puede Ser Autismo... Pero Esto No”

Los médicos suelen hacer afirmaciones contradictorias:

- “No, eso no es autismo” cuando un niño tiene crisis metabólicas o inmunológicas junto con síntomas autistas.
- “Sí, eso es autismo” cuando hay retraso en el habla o problemas sensoriales, sin investigar más allá.

Pero ¿cómo pueden afirmar con seguridad qué es y qué no es autismo si ni siquiera entienden su origen? Es como si un arquitecto viera grietas en una pared y asegurara que son un problema estructural sin revisar los planos o la cimentación del edificio.

Ejemplo Contundente:

Un niño con autismo severo que tiene convulsiones, inflamación crónica y problemas digestivos recibe un diagnóstico de TEA. Sin embargo, cuando los padres sugieren que estas condiciones podrían estar relacionadas con su autismo, los médicos responden: “No, eso no es autismo, eso es otra cosa.”

Entonces, ¿en qué quedamos? Si el autismo es un trastorno neurológico amplio, ¿por qué algunas manifestaciones se consideran parte de él y otras no, sin una base real?

2. Si el Autismo No Se Entiende del Todo, ¿Por Qué Hay Tanta Seguridad en Qué Es y Qué No Es?

- No existe un marcador biológico único para el autismo.
- El diagnóstico es clínico y subjetivo, basado en la observación de comportamientos.
- A pesar de esto, se diagnostica con total seguridad, como si existiera una única definición clara y precisa.

Ejemplo Irónico:

Si la comunidad científica aún debate y no tiene claro si el autismo tiene un origen metabólico, inmunológico, genético o epigenético, ¿cómo pueden los médicos diagnosticarlo con certeza sin una evaluación más profunda?

Es como intentar armar un rompecabezas sin tener la imagen de referencia y, aun así, asegurar que una pieza definitivamente no encaja.

Si no se comprende completamente el autismo, no se puede decidir con certeza qué cuenta y qué no cuenta como parte de él.

El problema es que el autismo ha sido tratado como una categoría estática, en lugar de una pista para investigar qué está afectando el desarrollo del cerebro en cada caso.

En lugar de etiquetar y tratar de encajar a todos en un mismo molde, deberíamos preguntarnos:

- ¿Qué está causando estos síntomas en cada niño?
- ¿Cómo podemos afinar los diagnósticos para ofrecer tratamientos más personalizados?
- ¿Cómo podemos distribuir mejor los recursos para quienes realmente los necesitan?

Mientras sigamos viendo el autismo como un diagnóstico único y no como un síntoma de múltiples causas, seguiremos perdiendo la oportunidad de ayudar de manera efectiva a quienes más lo requieren.

EL CASO DE ADRIÁN CAÑAS:
DIAGNOSTICADO POR VARIOS MÉDICOS,
COMO UN AUTISTA ALÉRGICO,
DIAGNOSTICADO POR LA MADRE CON HÍPER
IGE

Ely Cañas, una madre extraordinaria y cantante de El Salvador, Muchas madres acudían a mí con preguntas sobre la salud de sus hijos, pero pocas lograban entender realmente mi mensaje.

Ella fue la primera en realizar exámenes serios y comprender a profundidad la situación, sin que yo tuviera que darle una cátedra como hacía con otras madres.

Cuando Ely Cañas escuchó la palabra “autismo” en el consultorio del neurólogo, supo que esa no podía ser la respuesta completa.

Lo sintió en cada célula de su cuerpo.

Los médicos fueron claros:

-Síntomas conductuales

- Retraso neurológico leve
- Estereotipias
- Problemas de adaptación social
- Selectividad alimentaria
- Agresiones

Síntomas médicos

- Eosinófilos elevados
- Inmunoglobulina E alta
- Reacciones exageradas en la piel
- Infecciones frecuentes

Nada de esto parecía lo suficientemente grave como para justificar más estudios. Para los médicos, la explicación era sencilla:

“Es un niño autista con alergias”. Caso cerrado.

Pero Ely no se lo creyó.

La lucha silenciosa comenzó en casa.

Cuando una madre empieza a cuestionar un diagnóstico, el primer obstáculo no siempre es el médico, sino la propia familia.

Y Ely lo vivió en carne propia.

- Algunos la veía como paranoica.
- Otros le dijeron que estaba buscando problemas donde no los había.
- Los más crueles insinuaron que no aceptaba que su hijo era diferente.

Pero lo más difícil fue luchar contra su propio esposo.

No porque él fuera un mal hombre, sino porque él sí confiaba en los médicos.

Y, si somos sinceros, tiene sentido.

El instinto de lógica masculina muchas veces hace que los hombres crean más en los médicos que en las corazonadas de sus esposas. No porque no amen a sus hijos, sino porque su razonamiento les dice:

” ¿Cómo podría mi esposa saber más que un médico que estudió años?”

Y si a esto le sumamos el peor escenario posible, tener médicos en la familia, entonces la batalla se vuelve casi imposible.

Porque cuando un médico de la familia respalda un diagnóstico, todos lo creen.

Y la madre se queda sola.

La estrategia de Ely: ganar sin pelear

Pero Ely no peleó.

No discutió con su esposo.

No trató de convencerlo con argumentos que él no estaba listo para escuchar.

Hizo algo mucho más inteligente.

Creó un pequeño grupo y me pidió que de manera disimulada le compartiera toda mi información en el.

En lugar de discutir, le permitió ver por sí mismo lo que otras familias estaban viviendo.

Al principio, él solo observaba.

Pero poco a poco, sin que nadie lo presionara, empezó a notar patrones.

Madres con historias similares.

Padres que también habían dudado y luego descubierto la verdad.

Médicos que se equivocaban una y otra vez.

Y entonces, sin necesidad de que Ely le dijera nada, él cambió de postura solo.

Fue una de las estrategias más brillantes que he visto. Porque, cuando un padre finalmente abre los ojos, se convierte en el aliado más fuerte de su hijo.

Francisco se convirtió en un aliado excelente para ella, ahora comenzaron a luchar juntos de la mano por su hijo.

Cuando ella me localizó, yo apenas venía estudiando, temas inmunológicos, entendía de inmunología, lo que un niño entiende de física cuántica.

Me mencionó los síntomas de su hijo, le expliqué que, por lo que había aprendido observando las historias de otras madres, muchos niños autistas presentaban problemas inmunológicos de distintos tipos.

Por eso, le pedí exámenes específicos según los síntomas que me mencionó. En los primeros resultados, apareció una alteración inmunológica que los médicos suelen confundir con alergias exacerbadas.

Sin embargo, desde el inicio le dije:

“Esto no puede ser solo una alergia.”

¿Por qué? Porque en un niño neurotípico, sin ningún otro problema más que la alergia, el diagnóstico de un inmunólogo podría ser suficiente. Pero cuando hay autismo y un IgE elevado de forma persistente, eso es una red flag.

No importa cuántos años de experiencia tenga un médico: un IgE crónicamente elevado en un niño con autismo no es un simple cuadro alérgico. Es un indicio de un problema más profundo, posiblemente una disfunción en la barrera hematoencefálica.

Este es un concepto poco explorado porque no se encuentra en los libros de inmunología solamente en investigaciones recientes.

A pesar de todo, el mayor obstáculo seguía ahí: los médicos se negaban a investigar.

Cada vez que Ely mencionaba el Síndrome de Hiper IgE (HIES), la respuesta era la misma:

- “Eso es imposible”.
- “No tiene los síntomas clásicos”.
- “Si fuera Hiper IgE, tendría deformidad facial”.
- “No hay razón para seguir investigando”.

Y esta última excusa fue la más absurda de todas.

Ya que, Síndrome de Hiper IgE es un espectro, no todos los pacientes tienen deformidad facial. Pero los

médicos se aferraban a esa idea para descartar el diagnóstico sin pruebas.

Ely y su esposo tomaron una decisión desesperada: Vender lo que fuera necesario para pagar un estudio genético dirigido a lo que sospechaban.

Si los médicos no querían buscar la verdad, ellos mismos la encontrarían.

Pero aquí viene la parte más aterradora:

Si el examen genético no encontraba nada, los médicos tendrían razón.

Todo lo que habíamos pensado, investigado y peleado habría sido en vano.

Daba miedo.

Daba pavor.

A Ely le llegaron los resultados.

Cuando me lo comentó, yo estaba desesperada esperándolos.

Y cuando finalmente los vi, sentí un escalofrío recorriéndome la espalda.

Una variante de significado incierto (VUS) en un gen relacionado con Hiper IgE.

Fue una sensación agridulce.

Por un lado, confirmábamos una enfermedad delicada.

Pero por otro, sabíamos qué hacer.

Ely había ganado la batalla.

Y yo había confirmado mi sospecha más grande.

¿Es el autismo realmente un diagnóstico o un síntoma?

La conexión con el autismo: la pieza que faltaba

Aquí es donde la historia se vuelve aún más aterradora.

Si un niño tiene una inflamación crónica en su cuerpo y su barrera hematoencefálica (BHE) se daña, entonces sustancias inflamatorias empiezan a entrar al cerebro (Esposito Pet al Brain Research, 2001).

¿Y qué pasa con un cerebro en desarrollo que está expuesto a inflamación constante?

Exacto.

- Retraso neurológico.
- Problemas del desarrollo.
- Conductas autistas.

Autismo como consecuencia, no como diagnóstico de origen.

La verdad que los médicos no quieren aceptar
Este caso fue mi prueba definitiva.

No solo el mío y el de mi hijo.

Con Adrián Cañas, confirmé lo que temía desde hace tiempo:

- Los médicos diagnostican autismo sin investigar.

- No buscan causas médicas.
- Se basan en criterios anticuados.
- Descartan enfermedades reales solo porque “no cumplen el cuadro clásico”.

Si Ely no hubiera sido brillante y persistente, su hijo sería otro niño atrapado en el diagnóstico de autismo sin recibir tratamiento adecuado.

Si los médicos dejaran de ver el autismo como un diagnóstico final y lo analizaran como un síntoma, muchas familias tendrían respuestas.

———Y la pregunta que queda en el aire es:

¿Cuántos niños más están atrapados en diagnósticos superficiales, sin recibir el tratamiento que realmente necesitan?

A Ely cañas pueden contactarla y seguirla en sus redes sociales. Actualmente está en el concurso de (El Salvador canta)

Le agradezco haberme permitido exponer su caso en mi libro.

ÁNGEL, 8 AÑOS - ¿REALMENTE ERA AUTISMO?

Cuando Ángel tenía 8 años, los médicos le diagnosticaron autismo. Su comportamiento extraño, las dificultades para adaptarse y sus crisis sensoriales encajaban perfectamente en el Trastorno del Espectro Autista (TEA).

Pero su madre no estaba convencida.

A pesar de las terapias y la risperidona que le recetaron para tranquilizarlo, algo dentro de ella le decía que no estaban viendo el cuadro completo. Había piezas que no encajaban.

———Y tenía razón.

Después de un año de lucha e investigación, descubrió que el problema no estaba en el cerebro de su hijo, sino en su médula ósea.

Su cuerpo no producía suficientes glóbulos rojos.

Lo que los médicos llamaban autismo era, en realidad, un trastorno sanguíneo grave que nadie había detectado.

Esta es la historia de cómo una madre, con pura determinación, descubrió la verdad y evitó que su hijo pasara el resto de su vida con un diagnóstico erróneo.

Para llegar a su diagnóstico, Ángel pasó por 28 médicos distintos.

Los exámenes que le realizaron fueron:

- Evaluación conductual basada en 60 preguntas.
- Electroencefalograma (para descartar epilepsia).
- Pruebas de laboratorio básicas: TSH, IgG, IgA y hemograma.
- Pruebas de alergias a alimentos y metales.
- Análisis genético, pero solo en genes relacionados con retraso mental.

Con base en estos resultados, el neurólogo lo diagnosticó con TEA nivel 2 y le recetó risperidona para “tranquilizarlo”.

Pero nadie se preguntó por qué tenía estos síntomas.

Los síntomas de Ángel

Síntomas conductuales

- Retraso neurológico (TEA nivel 2).
- Movimientos repetitivos y estereotipias.
- Problemas de adaptación social.
- Selectividad alimentaria.
- Hipersensibilidad a luces y ruidos.

Síntomas médicos

- Plaquetas levemente bajas.
- Manchas en la piel sin explicación.
- Anemia leve.
- Infecciones “relativamente” frecuentes.

Los médicos dijeron que nada de esto era clínicamente grave.

Pero su madre no se conformó.

Sabía que había algo más.

La búsqueda de respuestas: ¿células madre o algo más?

Un día, la madre de Ángel escuchó sobre las células madre. Le preguntó a un especialista si podrían ayudar a su hijo.

Yo le expliqué que, aunque hay casos donde las células madre reducen infecciones o inflamación, el efecto es leve y temporal.

¿Qué pasa con las células madre?

- En algunos niños, reducen infecciones.
- Pueden mejorar levemente la inflamación.
- Pero el efecto solo dura entre seis meses y año y medio.
- Cuando dejan de administrarlas, los síntomas regresan.

Tras analizar esta información, decidió no gastar miles de dólares en un tratamiento que solo ofrecería mejoras pasajeras.

Cuatro meses después, regresó con una nueva pregunta:

” ¿Podría la inmunoglobulina ayudar a su hijo?”

Solicité exámenes inmunológicos, pero todas sus inmunoglobulinas estaban en rango normal.

Esto significaba que su problema no era el sistema inmune.

Ahí comenzó su verdadero descubrimiento.

Un año después: el verdadero diagnóstico

Después de un año de pruebas y múltiples estudios, finalmente descubrió qué genes investigar.

Cuando revisó su análisis genético, notó algo importante: los médicos solo habían buscado mutaciones en genes asociados con retraso mental.

Pero el cuerpo humano tiene 22,000 genes. ¿Y si el problema estaba en otra parte?

Tras ampliar los estudios, descubrió que Ángel tenía alteraciones en los genes:

- FANCF, FANCM y FANCI.

Estos genes son clave en la vía de reparación del ADN, conocida como vía de Fanconi.

¿Cuál era el problema real?

- Su médula ósea no producía suficientes glóbulos rojos.
- Su cerebro no recibía suficiente oxígeno.
- Esto causaba fatiga, dificultad para concentrarse, irritabilidad y problemas cognitivos.

¿No era autismo? O si lo era como síntoma....

Tenía un trastorno sanguíneo.

¿Y cuál sería el tratamiento?

Ángel no necesitaba terapia conductual ni risperidona.

Lo que realmente necesitaba era:

- Monitoreo de plaquetas cada tres meses.
- Transfusiones de sangre cuando sus niveles sean demasiado bajos.
- Corrección de la anemia para mejorar la oxigenación cerebral.

Cada vez que su oxigenación mejoraba, su energía, concentración y funciones cognitivas también mejoraban.

La enfermedad es progresiva, pero gracias a la rápida acción de su madre, Ángel evitó años de sufrimiento innecesario.

Y si en el futuro su condición avanza demasiado, ya tiene un plan B: un trasplante de médula ósea.

¿Qué habría pasado sin un diagnóstico correcto?

Si nadie hubiera investigado más allá del autismo, Ángel habría pasado su vida:

- Tomando risperidona, yendo a terapias que no resolvían su problema.
- Con su familia gastando miles de dólares en tratamientos ineficaces.
- Con su condición empeorando sin que nadie entendiera por qué.

Lecciones aprendidas de este caso

1. Un diagnóstico de autismo no siempre significa que el problema sea neurológico.
2. Antes de gastar miles de dólares en células madre o terapias experimentales, busca un diagnóstico real.
3. Si los médicos no investigan, hazlo tú. La vida de tu hijo podría depender de ello.
4. Pregunta siempre: ¿están tratando los síntomas o la causa?

Reflexión final

¿Cuántos niños estarán en la misma situación que Ángel sin que nadie lo sepa?

¿Cuántos padres están gastando fortunas en terapias sin sentido, mientras la verdadera enfermedad sigue avanzando?

La única forma de ayudar a estos niños es investigando más allá de un simple diagnóstico de autismo.

Si tu hijo ha sido diagnosticado con TEA, pero sientes que algo más está pasando...

Escucha tu instinto y sigue investigando.

Puede marcar la diferencia entre una vida de sufrimiento o un futuro con respuestas reales.

UN MAR DE CAOS, UN OCÉANO DE NEGLIGENCIA.

Podría seguir exponiendo casos hasta llenar una enciclopedia entera, levantar una biblioteca con expedientes de niños ignorados por la medicina.

Estos son solo el principio de muchas historias repetidas mil veces: madres que han recorrido más de 40 consultorios solo para que les cierren la puerta en la cara.

Pero ellas no se rindieron. Y por su cuenta, encontraron las respuestas que la medicina les negó.

Cecilia, por ejemplo, una madre que pasó por más de 43 médicos, incluidos varios genetistas.

Conocí a esta madre en uno de tantos grupos donde solo hablan de sacar lombrices con la mano, eliminar metales y corregir disbiosis cada dos meses.

Grupos en los que, si intentas explicar que ese no es el camino, te linchan.

Cuando ella llegó a mi grupo en octubre de 2023, ya había pasado por innumerables médicos e infinidad de grupos.

Y aquí la importancia de meterte a grupos, donde realmente se investigan temas con seriedad, eso te ayuda a tener un camino más sólido. Dejas de perder el tiempo en hablar de metales y parásitos para buscar causas reales.

Lo primero que hizo al entrar a mi grupo fue compartir información médica. En ese momento supe que, con solo observar lo compartíamos ahí, comprendería el camino que debía tomar y se daría cuenta de que el problema de su hijo no tenía nada que ver con lo que promovían los otros grupos.

Su historia es larga y la contaré completa en un próximo libro. Pero por ahora les compartiré algo importante:

esta madre logró sorprender a la psicóloga que estuvo a punto de recetarle risperidona a su hijo.

En julio de 2024, la psicóloga le dijo:

“Aquí ya no hay nada más que trabajar”, y le dio de alta.

El niño había cambiado por completo.

Su misma maestra lo confirmó:

“Yo vi el cambio. A mí nadie me lo contó... Es otro niño.”

Ella descubrió que su hijo, Augusto, no podía transportar magnesio debido a un defecto en los genes encargados de hacerlo. No importaba cuánto magnesio le dieran, jamás iba a transportarlo.

Actualmente, está dándole un magnesio que se transporta por otra ruta metabólica. Y ojo, sus niveles de magnesio en sangre salían normales porque el mineral circulaba, pero no se transportaba correctamente.

Con los años, esta deficiencia puede afectar el neurodesarrollo al alterar neurotransmisores, reducir la plasticidad cerebral y aumentar el estrés oxidativo. Esto se puede manifestar en retraso en el lenguaje, problemas de atención y aprendizaje, desregulación emocional y dificultades motoras.

La psicóloga estaba asombrada porque jamás había visto un cambio tan radical con solo magnesio. Y es que, aunque muchas madres les dan magnesio a sus hijos sin ver mejoras, en este caso sí hubo un cambio real.

¿Cuál fue la diferencia? ¿Que le diera magnesio? NO. Que el niño tenía una condición genética que estaba siendo tratada. No fue solo el magnesio en sí lo que hizo la diferencia, sino el hecho de que por fin estaba recibiendo el tratamiento adecuado según su condición. De hecho, hay niños que reciben magnesio y terminan convulsionando porque su problema es otro.

Por eso, una vez más, el punto clave aquí es:
¡ENCONTRAR LA CAUSA REAL!

Ahora, imaginen que esta madre le hubiera estado dando risperidona a su hijo.

Los antipsicóticos, incluida la risperidona, aumentan la eliminación de magnesio por la orina. Es increíble cómo este medicamento, lejos de ayudar, solo habría empeorado el problema. El omega-3 que le recetó el neurólogo y las terapias conductuales, a las que lo enviaron, quizá hubieran tapado algunos baches, pero jamás habrían logrado los resultados que se obtienen cuando se trata la raíz del problema.

Y así hay muchos casos en los que un simple examen de minerales y vitaminas no sirve de nada porque la biomedicina y los protocolos estándar solo revisan los niveles en sangre, pero no si realmente están cumpliendo su función. También tengo casos de deficiencias de B7, B12 y otros nutrientes que nunca se resolvieron porque, cuando una madre encuentra un solo problema, deja de depender de exámenes de \$3,000 cada cierto tiempo.

Ahora bien, ¿creen que un trasplante fecal iba a corregir su genética?

¿Que las bacterias de un trasplante fecal iban a convertir la caca en un transportador de minerales?

¿Que las células madre o el Cytotron, que no tienen absolutamente nada que ver con esto, podrían haberlo solucionado?

———No.

Ese descubrimiento le ahorró a su hijo más de 300 enfermedades, sin contar las epilepsias que habría comenzado a sufrir, no solo por falta de suplemento, sino por no recibir el tipo de magnesio que su metabolismo puede transportar.

¿La biomedicina iba a hacer eso?

¿Los protocolos estándar?

No.

Porque los protocolos no sirven cuando el problema es único.

Jaqueline, otra madre que se negó a conformarse, peleó con decenas de médicos hasta que uno, el último, tuvo la decencia de admitir que nunca había visto un caso como el de su hijo y que no sabía qué hacer.

Pero al menos este médico no hizo lo que muchos otros: descartarlo y medicarlo sin sentido.

Dijo algo que casi ningún médico tiene el valor de decir:

“No sé qué hacer, pero haré lo posible por ayudar.”

Ese médico, o mejor dicho, esa doctora de Venezuela hizo lo que muchos otros con más recursos y formación jamás hicieron: actuar con humildad.

Hoy, Jaqueline ya entiende por qué su hijo presentaba tantos problemas: todo tenía un origen hormonal.

¿Imagínense, si hubiese tomado la decisión de darle risperidona, teniendo problemas hormonales?;

Gisela.

En algún momento se aferró a lo natural, incluso al consejo de sacar a su hijo al sol todos los días y darle hierro al niño cuando estuviera bajo.

Pero ahora sabe que tiene un síndrome que le impide metabolizar bien la luz del sol y que el hierro lo intoxica.

Ahora evita el sol y cualquier alimento con hierro, porque para su hijo, lo que en otros es saludable, en él se convierte en veneno.

Obviamente, no es una cura.

Pero al menos ahora sabe por dónde abordar, ya no está intoxicando su cerebro con acumulación de hierro y toxicidad por el sol. Ya no viven en la desesperación de preguntarse qué está pasando.

No necesitan gastar miles de dólares en protocolos. Ahora saben exactamente qué hacer.

Y eso no amigos, tiene precio.

Las historias que aún no he contado

Las de Nora, Mabel de Honduras, Nidya de Colombia, Gisela Rebeca, Silvia...

Y muchas madres y abuelas, como Zulay de Venezuela, y Emma que hoy han aprendido a pelear con los médicos de una manera tan profesional que dejan en ridículo a muchos de ellos.

También hay padres a los que admiro mucho, como Leonardo Magallanes, quien empezó a ignorar muchos de los grupos donde solo hablaban de protocolos naturales y entró al mío como una dinamita. Desde el primer día se puso a estudiar, y hoy tiene un diagnóstico y un tratamiento muy costoso que logró pelear con el seguro en Argentina.

O Gabriel Valdés, quien está en una lucha constante con su familia porque, al parecer, es el único que entiende lo que realmente es el autismo,

No es que sus historias no cuenten. Es que muchas son tan complejas que podrían abrumar a quienes leen esto por primera vez.

Pero en su momento compartiré cada una de ellas, porque todas son prueba de cómo una familia informada puede hacer lo que la medicina se niega a hacer.

Y luego está Karla.

Karla fue la primera madre que me ayudó a conectar todas mis dudas, yo ya tenía prácticamente un laboratorio con un sinfín de piezas que no encajaban, porque no tenía una imagen de referencia para armarlo, cuando conocí el caso de Karla, yo obtuve una imagen para empezar a armar todo. Obtuve una dirección concreta.

Porque después de que mi hijo fue negligenciado, me volví loca investigando.

Me metí en grupos.

Observé cientos de casos.

¿Y qué encontré?

✓ Parásitos.

✓ Biomedicina.

✓ Protocolos.

✓ Remedios naturales y un sinfín de locuras que no tenían sentido. Todas decían lo mismo a mí no me funcionó, pero a otra mamá sí, o a mí sí, me funcionó y después de dos años mi hijo ya se sabe amarrar los zapatos. A mi cerebro no le cuadraba nada de eso.

Incluso yo, como toda madre de un niño autista, hice payasadas, con temas naturales y gastos innecesarios.

A esa etapa yo la llamo el kinder del autismo.

Cuando entiendes lo que realmente es el autismo, estás en la universidad de este. Así que, cuando alguien te habla de cosas naturales como si fueran la gran revelación, o tratamientos bioquímicos, sin saber ni siquiera lo que significa la palabra, es como si te hablaran de aprender las vocales.

Esa etapa es normal.

Lo que no es normal es quedarse atrapado en ella.

Es como si un niño pasara diez años en el jardín de niños. Está bien ser novato al principio, pero cuando encuentras información lógica científica y coherente, y aún así sigues, sin avanzar, eso ya es payasada.

Karla no era una más del montón.

Fue la primera madre por la que conecté las piezas del rompecabezas.

Y cuando vi los videos del cambio en su hijo...

Cuando vi el antes y el después, tras encontrar lo que realmente provocaba su autismo y tratarlo correctamente...

Ese día, todo lo que había vivido con mi hijo tuvo sentido.

Karla llevaba 15 años investigando.

Probó muchas cosas.

Tenía la estabilidad económica para costear cada protocolo, cada terapia, cada tratamiento que alguien le prometiera.

Y al final, después de más de una década de pruebas, errores y engaños... encontró la respuesta.

No lo hizo con risperidona.

No lo hizo con dietas genéricas.

No lo hizo con terapias milagrosas.

Lo hizo con ciencia y lógica.

Pero la realidad es que pocas madres son como Karla.

La mayoría sigue esperando una receta mágica.

Sigue recetando risperidona.

Sigue probando protocolos esperando un milagro.

Sigue buscando la solución más fácil.

Porque los protocolos, la biomedicina y lo natural son el camino más corto.

Y la verdad incómoda es que más del 90% de las madres prefiere lo fácil a lo correcto.

Madres, como Carla encontrarán pocas en el camino, cuando las se encuentren aférrense a ellas, porque ningún médico les cambiará tanto la vida como la experiencia de una madre que ya ha pasado por todo esto, y ha llegado a una raíz, en el mundo autista de cada mil encontrarán una, esa es la cruda realidad, y estoy exagerando con los datos.

Y bueno, aquí viene la peor arte, así como existen madres, extremadamente admirables, como estas.

también existen, las que están provocando que el autismo sea peor y más complejo, lo peor es que lamentablemente son más.

Existen tres tipos:

MADRES, PERICO, PLACEBO Y PULGA.

La santísima Trinidad.

Digo madres, porque más del 90% de quienes siguen estos protocolos son mujeres, pero esto también aplica a cualquier persona a cargo del niño.

La madre “Perico”: el motor de la desinformación

Es la madre que no investiga, solo repite lo que escuchó de otra madre, pero con un detalle importante: cada vez que lo cuenta, la historia crece.



 “A una mamá le funcionó.”

 “A dos mamás les funcionó.”

 “A varias mamás les funcionó y hasta su hijo habló.”

 Así, la mentira se hace cada vez más grande.

Esto no es solo una teoría, es un fenómeno probado en experimentos de comunicación: cuando una

historia pasa de persona en persona, cambia, se exagera y se convierte en una “verdad absoluta”.

Uno de los estudios más conocidos es el de Frederic Bartlett, un psicólogo británico que, en 1932, realizó experimentos sobre cómo las personas recuerdan y transmiten historias. Descubrió que, cuando la información pasa de una persona a otra.

-se simplifica

-se distorsiona

-se amplifica

El resultado:

Madres convencidas de que algo funciona, no porque lo hayan comprobado, sino porque lo han escuchado tantas veces que lo creen real.

El negocio de los protocolos se alimenta de esto.

Cada vez que un testimonio falso se repite, más padres caen en la trampa, gastando miles de dólares sin obtener soluciones reales.

Y así, el ciclo se repite y se repite..., hasta que alguien se atreve a cuestionarlo.

La Madre Placebo:

Cuando la mente ve lo que quiere ver.

El efecto placebo es un fenómeno psicológico donde una persona experimenta mejoras en su estado solo porque cree que a algo está funcionando, aunque en realidad no haya ningún efecto real.



En el caso del autismo, la Madre Placebo es aquella que está tan desesperada por ver avances en su hijo, que cualquier mínimo cambio lo interpreta como un gran progreso.

Lo que no ve esta madre es que:

Estos cambios son mínimos o ya estaban en su desarrollo natural.

Otros síntomas pueden haber empeorado, pero ella solo se enfoca en lo positivo.

El progreso real del niño NO se debe a lo que creé sino a la evolución propia del niño o a factores externos.

El placebo NO solo afecta al niño, sino a la madre. Ella se convence de que el protocolo funciona, y cuando el niño vuelve a tener dificultades, no duda del protocolo, sino que piensa que necesita más dosis, más suplementos, más dinero invertido.

Este autoengaño crea un círculo vicioso.

Sigue con el protocolo, convencida de que sin él su hijo retrocederá.

- Gasta más dinero, más tiempo y más energía en algo que NO está resolviendo el problema real.

El negocio de los protocolos se sostiene gracias a la Madre Placebo.

Mientras ella siga viendo “cambios” (aunque sean imaginarios o insignificantes), seguirá pagando, manteniendo vivo el fraude.

LA MADRE PULGA: DE LA DESESPERACIÓN A LA RESIGNACIÓN

Existe un experimento famoso sobre las pulgas y los límites mentales.

El experimento de la pulga

Un grupo de científicos metió pulgas en un frasco y le pusieron una tapa. Durante días, las pulgas intentaban saltar, pero chocaban contra la tapa una y otra vez.

Cuando los científicos quitaron la tapa, algo increíble pasó:

Las pulgas ya no saltaban más allá del límite donde antes estaba la tapa, aunque ya no existiera ninguna barrera real. Se habían acostumbrado a la limitación y creían que no podían ir más allá.

Y esto mismo pasa con muchas madres.



Han pasado por tantos médicos, han escuchado tantas veces que “no hay nada que hacer”, han recibido tantas derivaciones a terapias sin sentido, que se lo han creído.

La madre Pulga ya no salta, aunque la tapa ya no esté.

- La han condicionado a no cuestionar.
- Le han repetido tantas veces que su hijo es “autista y punto”, que ya no ve otra posibilidad.
- Ha sido humillada y descalificada tantas veces, que no se atreve a cuestionar ni siquiera cuando su hijo está sufriendo.

El peor peligro de la Madre Pulga

No importa cuánta evidencia científica le muestres.
No importa que su hijo se golpee, se autolesione o tenga síntomas físicos graves.

No importa que haya pruebas de que su hijo puede tener una enfermedad mal diagnosticada.

Ella no quiere escuchar.

Se ha acostumbrado a la tapa del frasco. Si alguien le dice que su hijo podría tener un diagnóstico equivocado, se siente atacada en lugar de informada.

Algunas incluso se sienten ofendidas cuando alguien les explica que su hijo podría tener una enfermedad tratable en lugar de autismo.

La industria del autismo adora a la Madre Pulga. Porque mientras ella siga aceptando su diagnóstico sin cuestionar, seguirá pagando por terapias inútiles y tratamientos que no resuelven la raíz del problema.

El frasco está abierto, pero la Madre Pulga ya no intenta saltar.

Es totalmente cierto que, al no tener apoyo médico y con ese instinto que ruge dentro de nosotras diciendo que algo no está bien, muchas madres hemos pasado por las tres fases: Perico, Placebo y Pulga.

Antes de este libro, probablemente no existía una sola madre de autista que no haya sido las tres en algún momento, incluyéndome. Es normal.

Con tanta información y desinformación mezclada y manipulada, era inevitable caer en muchas cosas al inicio. Eso es completamente entendible.

Lo que NO es normal es vivir años atrapada en ese ciclo.

A las madres de autistas grandes, se les comprende completamente. Ellas vivieron en una época sin información accesible, donde nadie hablaba de estos temas. De hecho, mucha de la información que comparto en este libro se ha logrado, gracias a entender información de hace 4, 5 o incluso apenas 2 años.

Pero después de este libro, no hay justificación.

Ni para ser Perico.

Ni para ser Placebo.

Ni para ser Pulga.

INSTINTO MATERNO: ARMA DE DOBLE FILO

Y es aquí, cuando se combina una dinamita de problemas, entrar a grupos donde se encuentran las madres perico, placebo y pulga, combinándolo con la justificación del instinto materno. Eso se convierte en un peligro mortal para el niño

Sabemos que el instinto materno es poderoso, una fuerza capaz de mover montañas y desafiar cualquier pronóstico médico. Pero, como todo poder, si no se equilibra con información real y criterio, puede convertirse en un arma de doble filo.

Cuando el instinto materno se vuelve un peligro

Muchas veces criticamos a los médicos porque sentimos que solo siguen protocolos sin usar criterio propio. Salimos de su consulta molestas, diciendo que “no piensa por sí mismo” y que “solo repite lo que aprendió en la universidad”.

Pero ¿qué hacemos después?

- Salimos del consultorio y hacemos exactamente lo mismo.
- Nos metemos a foros, seguimos a otras madres y confiamos en protocolos sin cuestionarlos.
- Tomamos decisiones por miedo, no por conocimiento.

¿Acaso no estamos cayendo en el mismo error que tanto criticamos?

¿Acaso no estamos poniendo la vida de nuestros hijos en manos de personas que ni siquiera tienen formación científica?

Hay madres que se enfocan tanto en investigar lo que hicieron los hijos de otras, que se olvidan de investigar qué necesita realmente su propio hijo.

Y es ahí donde el instinto materno deja de ser un escudo y se convierte en una trampa.

Amar a un hijo no es suficiente, hay que saber protegerlo

- El amor de una madre no se mide por cuántas horas pasa investigando en internet, sino por la calidad de la información en la que confía y las decisiones responsables que toma por su hijo.
- Un buen médico puede equivocarse, pero el error más grande es reemplazarlo con alguien que ni siquiera tiene conocimientos médicos.
- Si vas a cuestionar a un médico, también cuestiona lo que lees en internet, los testimonios sin pruebas y las soluciones que parecen demasiado buenas para ser verdad.

Los padres confían demasiado en su instinto sin entenderlo, y los médicos confían demasiado en su título sin cuestionarlo.

El instinto materno, sin entenderlo, es tan peligroso como el título del médico sin ciencia

Negligencia médica santísima Trinidad e instinto materno desafilado, una bomba para el niño.

Cuando la negligencia médica se junta con la Santísima Trinidad del Engaño

—mamá Pulga, mamá Placebo, mamá Perico—

y la madre justifica que su instinto es suficiente para tratar a su hijo, el resultado es una llama sosteniendo una dinamita.

Y la única víctima es el niño.

Porque, en lugar de buscar más allá de lo que sabe el médico, en lugar de profundizar en la ciencia, la madre retrocede a la época de las cavernas. Se mete en grupos donde lo fácil se convierte en verdad, donde en vez de investigar, espera que algo funcione por fe, disparando a ciegas en la oscuridad.

Sin darse cuenta de que lo peor que pudo haber hecho no fue que el médico la ignorara, sino alejarse de la ciencia... para abrazar la ignorancia.

Se les olvidó que la ciencia existe para mejorar todo, incluso lo natural.

La ciencia es investigación profunda, análisis, evidencia. No es un simple término inventado por alguien con bata blanca.

Ese es el verdadero problema: no entienden lo que significa ciencia.

Creen que es sinónimo de “químico” o que solo representa al médico que las rechazó. Pero la ciencia no es eso.

La ciencia es indagar hasta dónde lo natural puede ayudar y en qué punto lo químico se vuelve necesario.

Eso es ciencia.

No meterse a los por el trasero. Eso es un fetiche de mal gusto.

LA CULPA ES DE LA MADRE

Pero bueno, la negligencia materna no nació de la nada.

No fue un error espontáneo.

No fue un capricho de la madre.

No fue una decisión consciente.

La negligencia materna fue creada. Fue diseñada a la perfección

¿Los arquitectos de este desastre?

-El sistema médico, que se especializa en ignorar madres y recetar pastillas como si fueran caramelos.

-La pareja, ese compañero de vida que, en lugar de ser escudo y espada, se convierte en otro obstáculo más en la lucha.

-Y, por supuesto, la familia, con su sabiduría de sofá, sus “consejos bienintencionados” y su capacidad de hacer que cualquier madre se sienta como la peor criminal por intentar salvar a su hijo.

Todo empieza con una sospecha. Algo no está bien. La madre lo siente en lo más profundo, aunque todo el mundo le diga lo contrario.

Pero ¿qué puede saber ella? ¿Qué puede saber una simple mortal que no tiene bata blanca ni un título en la pared? Nada. Absolutamente nada.

Lleva a su hijo al pediatra, esperando respuestas. Ahí está él, el gran sabio, el todopoderoso pediatra, que con una mirada de 3.2 segundos y dos preguntas recicladas de su manual de rutina, sentencia: —Déjalo, ya hablará... todos los niños tienen su propio ritmo.

Y cuando la madre insiste, cuando se atreve a cuestionarlo, el doctor suspira con fastidio y, con la paciencia de un rey condescendiente con su súbdita, la manda al neurólogo.

Ah, pero el neurólogo... **EL NEURÓLOGO.** Él sí es un verdadero experto. Se toma su tiempo, le pone al niño unos cables en la cabeza, mira las ondas cerebrales con la misma solemnidad de un alquimista

interpretando señales del universo y, tras el diagnóstico infalible de “algo se ve pero nada se sabe”, lanza su veredicto inapelable:

—No se preocupe, solo necesita omega 3 y terapia ABA.

Caso cerrado. ¿Dudas? No. ¿Explicaciones? No hacen falta. ¿Pruebas? ¿Para qué? Usted confíe en mi título.

Pero la madre no lo siente así. Algo no encaja. Algo está mal. Y ahí empieza el verdadero infierno.

Porque la madre no solo tiene que enfrentarse a los médicos que la ven como una lunática con acceso a Google, también tiene que pelear en su propia casa.

Ahí está él. Su esposo. El hombre que juró protegerla, defenderla, caminar a su lado en la tormenta. El que, con el mismo tono con el que pide una pizza, le dice: —Amor, hazle caso al doctor. Él estudió para eso.

Ah, claro. ¿Qué tontería! ¿Para qué tener instinto materno cuando existe la immaculada, incuestionable,

indiscutible palabra del médico? ¿Qué son años de observación, desvelos, angustias y conexión con su hijo comparados con un diploma?

Pero esperen, que la historia se pone mejor.

Aparece la suegra. ¡Cómo no! Con su inquebrantable sabiduría basada en haber criado a su hijo (el mismo que no sabe poner una lavadora y cree que el autismo se cura con “cariñito y galletas”). Llega con una galletita María en la mano y suelta su frase estrella: —Ay, mi amor, no seas exagerada. ¿Qué daño le puede hacer una galletita?

Y cuando la madre intenta explicarle que su nieto tiene problemas digestivos, inflamación y una posible intolerancia alimentaria, la suegra sonríe con condescendencia y suelta otra de sus joyas: —Ayy, hija, no creas todo lo que ves en internet. Nosotros crecimos comiendo pan con leche y mira qué bien estamos.

(Sí... con diabetes, gastritis, hígado graso y una farmacia entera en el buró, pero bueno).

*Y aquí viene, haciendo su **GRAN ENTRADA, LA CUÑADA.***

Ahhh, la cuñadita...

*El oráculo de la familia, la dueña de la verdad absoluta, la autoproclamada experta en **TODO**. Eso sí, sin haber criado ni al perro de la casa, pero con la seguridad de quien tiene tres doctorados y un Nobel en crianza.*

*Porque claro, después de leer un post de 50 palabras en Facebook, ya se graduó en **pediatría, nutrición, neurología y, por supuesto, terapia conductual.***

Y ahí viene, con su tono condescendiente y esa mirada de “te lo digo por tu bien”:

- “No lo prives de cosas normales, lo vas a hacer un niño raro.”
- “Déjalo ser, cada niño se desarrolla a su tiempo.”
- “No lo traumatices con dietas.”
- “Oye... pero ¿sí lo estás vacunando, ¿verdad?”

Pero hay niveles de mala suerte.

*Porque una cosa es tener una **Cuñada Metiche**, y otra muy distinta es que, además de ser **cuñada, trabaje en el sector salud.***

—————*Y si es **enfermera**, peor tantito.*

*Porque no sabe nada, pero se cree médica. Y lo peor: **se lo cree más cuando usa el uniforme**, como niño con juguete nuevo.*

*Una combinación **peligrosísima** para aquellas madres que, por respeto al marido y al uniforme, pueden llegar a hacerle caso.*

Y si le ponemos una cereza al pastel...

*Si la cuñada además es **de pueblo**, prepárate para la fusión suprema:*

“Tienes que vacunarlo, claro... pero cuando se enferme por la vacuna, hay que llevarlo con la bruja del pueblo para que le haga una limpia y le cure los síntomas.

*Sí, porque **existen casos así.***

*Donde la **Enfermera del Pueblo** no solo es cuñada, sino que además tiene su propia **teoría médica:***

*—El paracetamol es **secundario.***

*—El huevo y el ramo de ruda... **eso sí es medicina.***

Y ahí está. Como estaca en el trasero.

*La **Bruja Moderna**, infiltrada en la familia, susurrando a diario en el oído del hermano, haciéndose la preocupada:*

“Mira, hermano... yo sé que es tu esposa, pero de verdad, ya está obsesionada. No es normal que haga tantas dietas, que investigue tanto, que le saque tantos estudios al niño. Yo digo que necesita ayuda... está mal, pobrecita.”

Y ahí lo tienes.

Haaaaa el maridito.....

El que debería ser el escudo, el guardián, el compañero de lucha de esta mujer que está peleando contra el mundo entero por su hijo... se convierte en el verdugo que la obliga a rendirse.

—Amor, ya deja de obsesionarte. Todos dicen que estás exagerando...

Claro. Porque la voz de la suegra, la cuñada, el médico, la vecina y hasta el perro de la casa tienen más peso que el instinto de la mujer que ha parido, criado y velado por su hijo cada noche.

Y así, con cada pieza de dominó cayendo, el niño autista, el verdadero protagonista de esta historia, termina exactamente donde el sistema lo quiere:

Dopado.

Mal diagnosticado.

Con una vida de terapias eternas.

Con un futuro condicionado por la ignorancia de los que deberían haberlo protegido.

Porque no es que estos niños no tengan esperanza.
No es que no haya formas de ayudarlos.

Es que el mundo entero está demasiado ocupado
llamando “locas” a sus madres como para detenerse a
escucharlas.

El Último Refugio: De la Soledad al Abismo

Y es aquí, después de tanto rechazo, tanta
humillación, tanto dolor y tantas noches sin saber qué
hacer, cuando la madre, agotada, rota y desesperada,
cae en las garras de otras madres como ella.

Madres igual de ninguneadas por el sistema.
Madres igual de ignoradas por sus parejas.
Madres igual de traicionadas por sus familias.

Al principio, es un respiro. Un alivio.
Después de años de silencio, por fin hay alguien que
la escucha.
Después de tanto gritar en el vacío, por fin hay otras
voces que resuenan con la suya.

Y ese dolor, compartido y entendido, se siente como un refugio.

Por primera vez, puede contar su historia sin que la miren como si estuviera loca.

Por primera vez, puede llorar sin esconderse en el baño.

Por primera vez, su angustia no es ridiculizada, sino comprendida.

Y ahí, en ese pequeño oasis de empatía, es donde muchas caen en la trampa.

Porque el dolor une, pero también ciega.

Y cuando las únicas que te escuchan son otras madres igual de golpeadas, aisladas y desesperadas, el grupo deja de ser un refugio y se convierte en una cámara de eco.

Si todas piensan igual, entonces debe ser la verdad.

Si todas han sufrido lo mismo, entonces estamos en lo correcto.

Si todas rechazan el sistema, entonces el sistema entero es un enemigo.

Y así, de la mano del alivio, entra el peligro.

Primero, las dietas.

Las madres que encontraron mejoras en la alimentación de sus hijos lo predicán como un dogma absoluto. Y como la medicina tradicional les cerró la puerta en la cara, ahora la respuesta debe estar en lo natural.

—Quita los lácteos, el gluten, el azúcar, la carne, el arroz, los frutos secos, las legumbres y cualquier cosa que tenga nombre.

—No, no, no, eso no es suficiente. Mejor haz la dieta cetogénica estricta.

—No, espérate, la biomedicina es la clave, tienes que comprar estos suplementos.

—No, no, ¡la cura del autismo existe, pero nos la ocultan!

Y así, la madre que buscaba una respuesta médica basada en ciencia termina enredada en un círculo donde la única ciencia válida es la que encaja con la narrativa del grupo.

Luego vienen los tratamientos milagrosos.

Porque cuando el hambre de respuestas se mezcla con la desesperación, las soluciones extremas se vuelven tentadoras.

—Escucha, yo curé a mi hijo con enemas de dióxido de cloro.

—Tienes que desparasitarlo, seguro es culpa de los parásitos.

—Hazle una terapia de quelación, saca los metales pesados de su cuerpo.

—Dale grandes dosis de vitamina B, C, D, Z, lo que sea, pero en cantidades industriales.

—Yo lo mejoré con imanes.

—No, no, la clave es la cámara hiperbárica.

—A mi hijo lo saqué del autismo con células madre.

Y el problema no es que algunas cosas puedan tener base científica.

El problema es que muchas no la tienen.

El problema es que el miedo las arrastra al abuso.

El problema es que, sin darse cuenta, cruzan la línea.

Porque la línea entre buscar ayuda y someter a un niño a tortura en nombre de la esperanza es más delgada de lo que parece.

Y entonces, sin intención, sin maldad, sin ser conscientes del peligro, algunas madres pasan de luchar contra la negligencia médica... a caer en el abuso infantil.

Porque, en la desesperación, cualquier cosa parece mejor que el abandono.

Porque cuando el mundo las dejó solas, solo les quedó la fe en otras igual de rotas.

Y cuando las respuestas legítimas se mezclan con pseudociencia, cuando la desesperación eclipsa la lógica, cuando las únicas voces que escuchan son las de su propia burbuja, algunas madres terminan haciendo lo mismo que tanto criticaban: dañando a sus hijos sin darse cuenta.

Pero ¿quién puede culparlas cuando el verdadero culpable es el sistema que las empujó hasta aquí?

Si el sistema médico, la pareja y la familia hubieran apoyado ese instinto de la madre, ese instinto que tan sabiamente le decía que algo no estaba bien, si tan solo hubieran tenido el valor de escucharla, ese instinto se habría convertido en una fuerza imparable, en algo que hubiera cambiado la vida de ese niño para siempre. Pero no, no lo hicieron.

Lo reprimieron, lo aplastaron, lo minimizaron, lo ignoraron. Y entre todos, lograron hacer de esa madre un monstruo en su propia casa.

La madre que amaba a su hijo fue convertida en el enemigo, la loca, la irracional. Ella, que solo quería lo mejor para él, fue despojada de su voz, de su poder, de su derecho a luchar. Y el dolor, la angustia y la frustración de ser ignorada por el sistema y su propia familia la llevaron a un abismo donde, al final, su propio hijo fue víctima de su desesperación.

¿Quién puede mirar a esa madre a los ojos ahora y decirle que estaba equivocada? ¿Quién puede ver la tortura que le hicieron vivir y seguir con la cara

impasible, como si ella no estuviera luchando por su vida y la de su hijo?

Ustedes, los médicos, las familias, la pareja son responsables. Ustedes son los que con su indiferencia y sus burlas hacia el instinto de una madre lograron convertir ese instinto en un arma de doble filo.

Lograron hacer que esa madre, a fuerza de desesperación y abandono, tomara decisiones que nunca debió tomar, pero que fueron forzadas por un sistema que no tiene ni la decencia de reconocer su culpa.

Ustedes, con su desprecio, su arrogancia, su incapacidad de ver más allá de los diagnósticos fríos y los protocolos impuestos, son los responsables de tanto dolor, tanto sufrimiento, tanto daño.

Y a ustedes, que han causado un daño tan profundo, que han desgarrado el alma de tantas madres y niños, les deseo que nunca tengan que pagar el precio de lo que han hecho.

Bravo, señores. Lo lograron.

Han cometido el crimen perfecto.

Crearon madres negligentes y ni siquiera tienen que asumir la culpa.

Porque ahora, cuando ese niño sufre las consecuencias, no es culpa del sistema médico, ni de la pareja, ni de la familia.

Es culpa de la madre.

Qué conveniente.

Ojalá la vida les dé la oportunidad de ver el daño que han hecho. Y si no, que al menos, de alguna manera, su conciencia no les deje dormir en paz.

¿CÓMO ENTENDER LA RAÍZ DE AUTISMO?

Quiero pensar que hasta aquí se ha logrado entender, qué lo que hay que buscar, es una verdadera raíz.

Ahhh, pero no se dejen engañar cuando un médico, un protocolo o hasta un chamán les diga que la raíz del problema son únicamente los parásitos, la falta de vitaminas o una disbiosis intestinal.

Porque, en la mayoría de los casos, todo eso sigue siendo solo un síntoma de un problema más profundo. Y ahí es donde se están equivocando, absolutamente todos.

Claro que hay casos en los que algunos niños han “salido del autismo” gracias a una buena alimentación y una desparasitación.

Pero entonces, háganse esta pregunta:

- ¿Era realmente un niño autista?
- ¿O era un niño tan mal alimentado que su cerebro estaba deteriorándose hasta desarrollar un

autismo secundario debido a la pésima alimentación que su madre le estaba dando?

- ¿Era realmente autismo o solo una parasitosis provocada por una mala higiene?

Si un niño tenía problemas neurológicos tan graves que recibió un diagnóstico de autismo confirmado por un neurólogo, pero luego perdió todos sus síntomas con solo una buena alimentación y una desparasitación, ese niño nunca fue autista. Era un niño mal cuidado que, al recibir la atención adecuada, simplemente volvió a su estado natural.

Y ahora viene lo interesante: esos casos son extremadamente raros, tan raros que, cuando suceden, se vuelven famosos. Y entonces, miles de madres, aferradas a la fe de que les pasará lo mismo, se vuelven adictas a las desparasitaciones y a lo que ellas llaman “buenas alimentaciones”. Por eso, en los grupos biomédicos encuentras mil madres haciendo lo mismo, pero solo uno o dos casos de niños que realmente han perdido los síntomas autísticos.

Lo peor de todo es que pueden pasar años con esa fe ciega, intentando una y otra vez con dietas “perfectas” y desparasitando constantemente al pobre niño, creyendo que un día les pasará lo mismo que a esa otra madre. Como si todos los niños fueran copias exactas. Como si el cuerpo humano funcionara con un simple “copy-paste”. No tienen idea del grave error que están cometiendo al perder valiosísimo tiempo investigando y estudiando a OTRO niño... en lugar de estudiar a su propio hijo.

Ahora, algo debe quedar muy claro:

- Una buena alimentación es básica.
- Revisar vitaminas y desparasitar es indispensable.
- Pero nada de esto debería tomar AÑOS.

Una buena desparasitación se hace en 15 días.

Una disbiosis intestinal se corrige en 2 a 4 semanas.

En casos muy severos, el proceso puede tomar 1 a 3 meses.

Entonces, ¿cómo es posible que haya madres que siguen con biomédicos, cursando con el mismo problema por 5, 8 y hasta 15 años?

No es normal que un niño se esté llenando de parásitos constantemente, a menos que viva en una aldea remota en África, sin acceso a agua potable, jabón ni la higiene más básica. De lo contrario, eso es un síntoma CLARO de una inmunodeficiencia.

Y lo lógico aquí no es desparasitarlo hasta el fin de los tiempos. Lo lógico es preguntarse:

- ¿De dónde viene esa inmunodeficiencia?
- ¿Es genética? ¿Es epigenética?
- ¿Cuál de los +600 tipos de inmunodeficiencias que existen podría ser?

Porque la disbiosis intestinal puede causar problemas neurológicos, sí. Y hay que tratarla. Pero si un niño tan pequeño llega a tener una disbiosis severa, hay dos opciones:

1. O su madre es tan irresponsable que se la provocó.

2. O el niño tiene una condición subyacente que hace que su intestino sea vulnerable.

Porque una persona sana necesita décadas para desarrollar una disbiosis severa. 20, 30 o hasta 40 años de tabaco, alcohol, ultraprocesados, Coca-Cola, tacos, arepas, frituras y más.

Entonces, ¿cómo demonios logran una madre provocarle una disbiosis a su hijo en sus primeros años de vida?

Y más importante aún, si la disbiosis se trata, ¿por qué regresa una y otra vez?

¿Por qué los médicos no se preguntan esto?

- ¿Está afectando algo metabólico?
- ¿Es celiacía?
- ¿Es enfermedad de Crohn?
- ¿O es alguna de las decenas de enfermedades que pueden provocarla?

El intestino es extremadamente delicado, y cuando hablamos de problemas neurológicos, todavía existen médicos desactualizados que se niegan a aceptar la conexión intestino-cerebro.

Lo bueno es que, hoy en día, ya son pocos los que piensan así. Lo malo es que de nada sirve que la comprendan... si no la investigan cuando tienen a un niño con problemas intestinales delante de ellos.

En conclusión:

- No es normal que un niño se llene de parásitos constantemente.
- No es normal que una vacuna le cause un problema grave (porque si fuera la vacuna, les afectaría a todos).
- No es normal que un niño pequeño tenga disbiosis a tan corta edad.
- Y muchísimo menos es normal que, una vez tratada, la disbiosis vuelva una y otra vez.

Todas estas terapias, protocolos y tratamientos tienen un problema en común: se aplican sin un diagnóstico preciso.

Bueno, ahora que ya vieron todas las piezas del rompecabezas con una porción de imagen de cada una, será más fácil que entiendan, cuál es la pieza que falta.

Si realmente quieren entender qué es el autismo, piensen en él total y absolutamente como un síntoma. Un síntoma que puede tener origen metabólico, inmunológico, hormonal, ambiental, genético o epigenético.

Imaginen que están en un hospital donde hay cinco niños con fiebre.

- A uno le dan antibiótico porque tiene una infección bacteriana.
- A otro, un antiviral porque es un virus.
- A otro lo mandan a hacer estudios porque sospechan algo más grave.

Ahora pregunto: ¿Si ven que le dan un antiviral a un niño, correrían a darle el mismo medicamento al suyo sin saber qué tiene? ¿Sin preguntar o investigar?

No, ¿verdad? Porque la fiebre no es una enfermedad en sí misma, sino un síntoma con muchas posibles causas. Tratar solo la fiebre sin saber qué la provoca sería un error.

Pues con el autismo pasa lo mismo.

Un niño deja de hablar, tiene conductas repetitivas o problemas sensoriales. En vez de preguntarse: “¿Qué lo está causando?”, los médicos simplemente dicen:

“Ah, es autismo, fin del diagnóstico.”

Es como si vieran a un niño con fiebre y dijeran:

“Listo, su hijo tiene fiebre crónica. Aquí está su paracetamol de por vida.”

Sin investigar por qué tiene fiebre. Sin analizar si es infección, inflamación o algo más grave. Solo tratar el síntoma y cerrar el expediente.

Pero aquí no termina el problema.

Porque para rematar, el médico manda a la madre a su casa con el instinto rugiendo, pero sin herramientas. Y como no le queda de otra, se pone a probar de todo: antivirales, antibióticos, desparasitantes y hasta cosas que se administran por el trasero, con tal de ver una mejoría en su hijo.

Y así es como, entre diagnósticos apresurados y desesperación, terminamos con generaciones enteras de niños etiquetados como autistas sin que nadie se tome la molestia de averiguar por qué.

Pero el peor error no lo están cometiendo solo los médicos, sino los propios científicos en medicina.

Caminan como locos buscando entender “qué es el autismo” o desarrollando “tratamientos para el autismo”, sin darse cuenta de que están persiguiendo

un fantasma. Se pueden pasar la vida entera en esa búsqueda sin sentido, porque intentan encontrar algo que no existe.

Y luego están los médicos y científicos pulga, esos que se quedaron atrapados en un frasco con sus libros polvosos de hace 30 años. Lo más absurdo es que el frasco ya no tiene tapa, pero ellos siguen sin saltar más allá porque su sesgo médico no los deja.

El problema no es la ciencia.

El problema son las personas que la estudian.

Van lento porque siguen atrapados en paradigmas viejos. Son exactamente como la Santísima Trinidad de madres desinformadas y desactualizadas, solo que a ellos nadie los critica porque la mayoría de la gente no entiende de ciencia ni de medicina.

Y ahí es donde está la clave: en la importancia de estudiar.

Solo entendiendo cómo funciona realmente la ciencia podemos ver en qué están fallando los médicos y científicos.

Porque si ellos fallan, ni modo. Pero al menos nosotros ya tenemos herramientas para ayudar a nuestros hijos. Tenemos el conocimiento que muchos de ellos no tienen.

Y de verdad, qué miedo da saber eso.

Mientras los médicos y científicos siguen atrapados en su frasco, nosotros ya estamos afuera conectando piezas que ellos ni sospechan que existen.

Y aunque parezca increíble, muchos padres hoy entienden más sobre la salud de sus hijos que los propios médicos que los diagnostican.

Y eso, más que un orgullo, nos da miedo....

Marchas por los autistas....

—Marchando por un fantasma.

Ahí van, con pancartas en alto y gritos que exigen:
“¿Entiendan el autismo!”

Marchan convencidas de que el problema es la ignorancia del mundo, la falta de empatía, la dureza de la sociedad.

¿Acaso el guardia del centro comercial, la cajera del supermercado o la maestra de preescolar tienen la obligación de entender lo que ni los médicos han logrado descifrar?

Quieren que el mundo comprenda lo que ni la ciencia ni ustedes mismas pueden explicar.

Marchan tras una sombra, defendiendo una etiqueta que nadie ha cuestionado. Mientras tanto, sus hijos siguen atrapados en diagnósticos

ambiguos, sin estudios serios, sin tratamientos adecuados, sin respuestas reales.

Tal vez el problema no es la ignorancia ajena, sino la nuestra. Porque, antes de pedirle al mundo que entienda a nuestros hijos, deberíamos empezar por exigir que los médicos investiguen de manera profesional.

La marcha que cambiará la vida de nuestros hijos debería ir dirigida a la ciencia y la medicina. Es increíble que hoy en día se realicen protestas para educar al guardia del centro comercial y a la cajera del supermercado, en lugar de exigir estudios médicos profundos.

Dejen de pelear con los maestros por la “falta de inclusión”. Ser maestro ya es bastante difícil: aulas sobrecargadas, recursos inexistentes... Pero ahora, además de educar, esperan que sean terapeutas, psicólogos y especialistas en autismo, aunque no tengan formación ni herramientas. Les exigen paciencia infinita y habilidades médicas que no

poseen, como si hubieran estudiado neurología en lugar de pedagogía.

Y lo peor: quieren que “incluyan” a sus hijos en actividades que quizá no desean o que incluso pueden perjudicarlos si padecen neuroinflamación, solo porque alguien decidió que la inclusión debe ser obligatoria, sin evaluar si es lo mejor para ellos.

Los maestros están lidiando con niños que deberían estar bajo atención médica. Y cuando esos niños no pueden adaptarse, cuando sus cerebros están luchando contra algo que nadie ha querido diagnosticar correctamente, el problema se convierte en una cuestión de “inclusión” en lugar de lo que realmente es: una cuestión de salud.

La OMS convirtió el diagnóstico del autismo en un trámite burocrático, dejándolo en manos de psicólogos, psiquiatras y maestros. Y ahora, el sistema les impone una carga que no les

corresponde. Hoy, muchos niños con la etiqueta de autismo podrían estar sufriendo problemas neurológicos, inmunológicos o metabólicos que jamás se investigan, porque el diagnóstico se ha reducido a un formulario de preguntas.

Y aquí va otra realidad incómoda:

Muchas veces, ni la misma familia soporta la situación. Incluso hay casos en los que los propios padres abandonan el hogar porque no pueden más. Y ustedes saben que no miento ni exagero: nosotras mismas colapsamos, llegamos al límite, nos rompemos, al punto de querer rendirnos.

Entonces, de verdad, explíquenme... les ruego que me expliquen:

¿Cómo demonios creen que, si algo que ni nosotras podemos soportar a veces, lo va a entender el guardia del centro comercial, la cajera del supermercado o cualquier desconocido que apenas está lidiando con su propia vida?

No todos son empáticos. No todos son comprensivos. Y, peor aún, algunos no solo carecen de paciencia, sino que son peligrosos. Pero ahí vamos, exponiendo a nuestros hijos en marchas, en lugares públicos, exigiendo tolerancia sin pensar en el riesgo real.

Como si el mundo nos debiera comprensión... cuando en realidad está lleno de personas que no solo carecen de empatía, sino que pueden reaccionar con violencia.

¿De verdad queremos seguir jugando a la ruleta rusa con nuestros hijos solo para hacer sentir culpable a la sociedad?

¿De verdad creen que forzar la inclusión es la solución?

No cuestionan el diagnóstico que les entregaron en minutos, después de un formulario de preguntas. No se preguntan cómo algo tan

complejo como un trastorno neurológico—algo que determinará por completo la vida de un hijo— puede definirse con un par de preguntas y un examen de \$40 dólares, sin un solo estudio médico profundo y profesional.

Confiar en un electroencefalograma para entender un problema neurológico es como usar una lupa para explorar el universo. Y diagnosticarlo con un cuestionario es como querer arreglar un motor solo escuchando cómo suena.

Tal vez, solo tal vez, la verdadera lucha debería ser otra.

Si quieren marchar, háganlo por algo real. Luchen para que se investigue cada caso con exámenes médicos serios, no con cuestionarios arbitrarios. Exijan que dejen de diagnosticar el futuro de un niño con un formulario de diez minutos.

No exijan que el mundo entienda lo que ni siquiera ustedes comprenden.

Y bueno, hacer carteles y exigir comprensión es el camino fácil. Solo hace falta indignación y un buen marcador.

Lo difícil es investigar cuestiones tan complejas que ni siquiera muchos médicos entienden.

Pero aquí está el detalle: son nuestros hijos. Y cuando se trata de ellos, no hay atajos ni excusas.

es una obligación como madres tomar el camino correcto, aunque sea el más difícil.

Así que decidan:

¿Siguen marchando por un fantasma o van a luchar, de una vez por todas, por algo real?

CONCLUSIÓN:

El autismo no es una enfermedad, ni tampoco una condición es total absoluta y completamente un síntoma.

Imaginen que los científicos estudiaran la fiebre como si fuera una enfermedad en sí misma.

Se pasarían décadas buscando “el gen de la fiebre”, analizando su impacto en la conducta y debatiendo si es hereditaria. Publicarían estudios interminables sin jamás preguntarse qué la causa.

Pues eso es exactamente lo que pasa con el autismo.

Los médicos lo tratan como un diagnóstico final en lugar de preguntarse qué lo está causando. Y así seguimos con generaciones de niños etiquetados sin que nadie se moleste en investigar de manera correcta, qué hay detrás.



INSTINTO
MATERNO

DESPARASTACIÓN

PROTOCOLO

BIOMEDICINA

OMEGA
3

BIOMEDICINA

Agradecimiento a los maestros que abrazan lo imposible

A ustedes, que cada mañana cruzan la puerta del aula con más preguntas que respuestas, con más retos que certezas, pero con la firme convicción de que cada niño merece un lugar.

A ustedes, que, sin un título en neurología, sin herramientas especializadas, sin un manual que explique cómo, lo intentan de todas formas. Que observan más allá del diagnóstico, que buscan entender lo que el mundo no se ha tomado el tiempo de estudiar, que traducen silencios en necesidades y miradas esquivas en emociones.

A ustedes, que han sentido frustración, impotencia, incluso miedo de no estar haciendo lo suficiente. Que han derramado lágrimas en la soledad de su casa porque no saben si están ayudando o fallando. Que han dado más de lo que tienen, aun cuando nadie más ve su esfuerzo.

A ustedes, que no tienen el poder de cambiar la estructura de un sistema injusto, pero aun así desafían sus límites con creatividad, paciencia y amor. Que, sin recursos suficientes, construyen puentes. Que, sin entrenamiento especializado, encuentran caminos. Que, sin promesas de reconocimiento, siguen luchando.

A ustedes, que han entendido que la verdadera inclusión no es solo una silla en un salón de clases, sino la disposición de mirar a un niño y decirle:

“Aquí tienes un espacio. Aquí cuentas. Aquí eres importante.”

A ustedes, que han sentido el cansancio de lo imposible, pero siguen intentándolo. Que han descubierto que, aunque la ciencia aún no tenga todas las respuestas, el amor y la voluntad también transforman vidas.

Gracias. Gracias por hacer lo que nadie les exigió, pero que el mundo necesitaba. Gracias por ser luz en donde otros solo ven sombra. Gracias por no rendirse.

Profundo agradecimiento al Jardín de Niños Manuel Uribe

En un mundo donde la inclusión muchas veces se queda en discursos, existen lugares que realmente marcan la diferencia. Uno de ellos es el **Jardín de Niños Manuel Uribe**, donde un equipo de maestros excepcionales no solo abre sus puertas a los niños con autismo, sino que les ofrece un espacio de comprensión, respeto y amor genuino.

Mi gratitud infinita a su directora, ***Coral Silva***, cuya visión y compromiso han permitido que este centro sea un refugio seguro para cuando llega un caso con esta complejidad. A la profesora **Andrea** y al resto de su equipo, que con paciencia, dedicación y un corazón inmenso, trabajan cada día para mejorar la vida de cada niño que llega a sus aulas.

Ustedes no solo enseñan, ustedes transforman. Con su empatía y calidad humana, han demostrado que la verdadera inclusión no es solo integrar a un niño en un aula, sino hacerlo sentir seguro, valioso y capaz. Gracias por no rendirse, por entender que cada niño merece ser visto y acompañado en su propio camino.

El mundo necesita más maestros como ustedes. Gracias por ser ejemplo, por ser luz y por cambiar vidas.

Profundo agradecimiento:

—A LOS BUENOS MÉDICOS—

—Gracias por no rendirse cuando la medicina se vuelve frustrante.

—Gracias por luchar en un sistema que intenta convertirlos en máquinas de consulta rápida.

—Gracias porque, aunque su trabajo no siempre sea reconocido, cambia vidas.

A los que se quedan hasta tarde revisando casos, a los que escuchan con atención y no descartan la intuición de una madre. A los que buscan la causa en lugar de maquillar los síntomas. A los que ven personas en lugar de expedientes... gracias.

Hoy quiero que estas palabras lleguen a ustedes, porque sé que muchas veces sienten que están solos en su lucha por hacer bien su trabajo. Pero no están solos. Sus pacientes, sus familias, los que realmente entienden lo que hacen, los recordaremos siempre.

Porque la medicina no es solo conocimiento. Es compasión, intuición y persistencia. Se trata de amar la vida lo suficiente como para nunca dejar de buscar respuestas.

Agradezco a los médicos que miran a los ojos de los padres y no ven solo un caso clínico, sino una historia, una lucha, una vida que depende de su compromiso.

Entre esos médicos está el doctor Javier Carvajal, inmunólogo de Brasil. No lo conozco en persona, pero supe de él porque es de los pocos que, cuando recibe a un niño con autismo, no se queda en la superficie. No se conforma con decir: “esto es así y punto”, sino que investiga, analiza, compara, piensa. Si el problema es inmunológico, aunque tarde semanas, meses o años, él sigue buscando.

Y cuando llega a un límite donde su conocimiento ya no puede avanzar más, no se deslinda con indiferencia. No deja a la familia en la oscuridad. En lugar de eso, orienta, explica, guía a la madre sobre el siguiente paso, sobre qué especialidad buscar, sobre qué puertas tocar.

Lo que hablo de él no es una experiencia personal, sino el reflejo de muchos testimonios. Padres, madres, incluso médicos, impresionados con su forma de abordar los casos.

Gracias los que no se rinden cuando los exámenes parecen normales, pero el niño sigue sin mejorar. A los que entienden que un diagnóstico no es un punto final, sino el inicio de una búsqueda. Porque la medicina no es solo clasificar síntomas en un libro: es conectar la ciencia con la realidad, con el ser humano.

Porque un buen médico no es el que tiene todas las respuestas. Es el que no permite que sus pacientes se queden sin camino.

El ego: la enfermedad que la medicina aún no ha sabido curar

Uno de los mayores desafíos para un médico no es diagnosticar correctamente ni encontrar el mejor tratamiento. Es algo más difícil: luchar contra su propio ego.

El conocimiento en medicina otorga poder. Y el poder... corrompe. Basta con dominar un procedimiento, con sostener un título prestigioso, con saberse experto en un área específica, para que, de repente, un médico deje de escuchar y empiece a imponer.

Lo entiendo perfectamente.

Recuerdo la primera vez que aprendí a interpretar un hemograma y un documento básico de inmunología. Por un momento, sentí que había descubierto un conocimiento que no todos poseían. Me veía a mí misma avanzando con paso firme hacia el dominio absoluto del universo. Mi siguiente parada: **la física cuántica**. Ya empezaba a mirar por encima del hombro a la mamá que no sabía leer un hemograma.

Si algo tan simple puede inflar el ego... **imaginen lo que hace la medicina con quienes manejan temas como el sistema inmunológico, la genética o las enfermedades raras.**

Se entiende. Pero no se justifica.

Porque cuando el ego se vuelve más fuerte que la vocación, el médico deja de aprender. Y cuando deja de aprender, empieza a causar daño.

El problema del ego no es solo la arrogancia, es la ceguera que provoca. **Es lo que impide que un médico cuestione su propio conocimiento. Es lo que lo hace rechazar nuevas ideas sin analizarlas. Es lo que lo lleva a desestimar los síntomas del paciente solo porque no encajan en su manual de diagnósticos.**

El ego transforma la medicina en una sala de jueces implacables, donde los pacientes son condenados por atreverse a cuestionar. **“No hay nada que tratar, los exámenes están normales.” “Esto es psicológico.” “La madre es la que está exagerando.”** Palabras que han cerrado puertas y apagado esperanzas.

Y así, el ego no solo mata la curiosidad de un médico... **también puede matar a un paciente.**

Pero el ego no es un mal exclusivo del médico. **También está en el paciente que exige respuestas inmediatas sin escuchar explicaciones. En la madre que desconfía de cada tratamiento porque ‘leyó en Facebook que eso no sirve’.**

En la sociedad que trata a los médicos como dioses cuando aciertan y como incompetentes cuando no pueden resolver en minutos lo que la ciencia aún no ha descubierto.

Por eso, los médicos más grandes no son los que tienen más títulos, sino los que tienen más humildad. Son aquellos que, a pesar de los años de experiencia, siguen buscando, siguen preguntando, siguen dudando. Son los que tienen el coraje de decir “no sé” en lugar de disfrazar su ignorancia con respuestas vacías.

Porque la diferencia entre un médico excelente y uno mediocre no está en la cantidad de diplomas que cuelga en su pared, sino en su disposición para seguir evolucionando.

Un buen médico nunca deja de aprender. **Un gran médico nunca deja de escuchar.**

La mala medicina no nace sola: la creamos juntos

Valoren a los buenos médicos.

Hoy en día, he conocido muy pocos médicos buenos. **Los puedo contar con los dedos de mis manos.**

A las madres y familias que han tenido la fortuna de encontrar un médico así, les pido que valoren su trabajo.

Porque la medicina, en su verdadera esencia, es un arte que demanda sacrificio, entrega y una voluntad inquebrantable de seguir aprendiendo.

Muchos estudian medicina por estatus, por dinero, por prestigio. Pero hay quienes la estudian con el corazón, con la convicción de que **cada vida importa** y de que **cada niño merece respuestas**.

Esos médicos no solo necesitan nuestro reconocimiento, sino nuestro respeto y apoyo. **Porque no basta con que ellos investiguen... también nosotros debemos aprender.** Leer, informarnos, ser pacientes responsables.

No podemos ser una carga para ellos con debates absurdos sobre vacunas ni exigirles que resuelvan en minutos lo que ha tomado años desarrollar. Muchos buenos médicos se han perdido en el camino porque, en lugar de ayudarles a ayudarnos, **los hemos agotado con nuestra falta de criterio y paciencia**.

Así que cuando encuentren a un buen médico, valórenlo. **No esperen hasta perderlo para darse cuenta de lo que tenían.**

La medicina no es solo ciencia, es humanidad.

Pero esa humanidad se marchita cuando el trabajo del médico no es valorado.

Caemos en un círculo vicioso donde, así como el médico indiferente puede dar origen a la negligencia materna, también las familias, con su ignorancia, su desconfianza irracional y su falta de criterio, han dado origen a médicos que dejaron de intentarlo.

No solo existen médicos negligentes... **también existen pacientes y familias que los han moldeado.** Con su desinterés, con sus exigencias sin fundamento, con su desprecio por el conocimiento real.

Nos quejamos de los médicos que no escuchan, pero ¿cuántos pacientes realmente quieren entender? Nos indignamos por diagnósticos equivocados, pero ¿cuántas familias siguen confiando más en videos virales que en ciencia real? Nos lamentamos de que la medicina se ha deshumanizado, pero ¿cuántas veces hemos tratado a los médicos como empleados a nuestro servicio y no como aliados en la salud?

*Si queremos mejores médicos,
empecemos por ser mejores
pacientes.*

AUTISMO:

Si la ciencia aún no puede definirlo con precisión, ¿cómo pueden diagnosticarlo con certeza?

El autismo es el único diagnóstico que los médicos afirman sin realmente entender. Es un enigma disfrazado de certeza, una paradoja donde la seguridad del diagnóstico contrasta con la falta de comprensión real.

Más que comprenderse, se reduce a una etiqueta en manuales y escalas, un territorio donde la ciencia tropieza con más preguntas que respuestas.

Un rompecabezas sin imagen de referencia. Se diagnostica con confianza, pero su naturaleza sigue envuelta en incertidumbre.

*Entonces, ¿qué significa realmente ser autista?
¿Es un diagnóstico o una etiqueta para lo que
la medicina aún no comprende?*

*El autismo se convirtió en un diagnóstico sin
base biológica clara, aceptado sin
cuestionamiento. Mientras otras condiciones
médicas requieren evidencia, este se define por
observaciones y criterios cambiantes.*

*Si la ciencia aún no tiene respuestas, ¿por qué
seguimos aceptando un diagnóstico construido
sobre suposiciones?*

DEDICATORIA

A los niños que sufren en el olvido, ignorados por la medicina y lastimados en nombre del ‘amor’ y del instinto mal guiado. A aquellos cuyas voces han sido silenciadas por diagnósticos apresurados y tratamientos sin sentido. Que un día la verdad los encuentre y la ciencia los reivindique.”

Lucharemos hasta que llegue el día en que dejen de sufrir, de lastimarse, de vivir en un dolor que no les permite siquiera comprender el amor. Hasta que sus cuerpos dejen de ser un campo de batalla y sus mentes sean libres de sentir sin confusión ni tormento. Porque merecen algo más que resignación.

A las familias que se negaron a rendirse. A quienes convirtieron cada duda en una búsqueda y cada obstáculo en una razón más para seguir. A los que escucharon su instinto cuando nadie más lo hizo y encontraron respuestas donde otros solo veían resignación.

A los médicos que aún se atreven a hacer preguntas. A los que miran más allá del diagnóstico y buscan la causa, no solo la etiqueta. A los que entienden que la empatía no es solo escuchar, sino investigar. Gracias por no conformarse con lo fácil y por recordarnos que la verdadera medicina nunca deja de cuestionar.